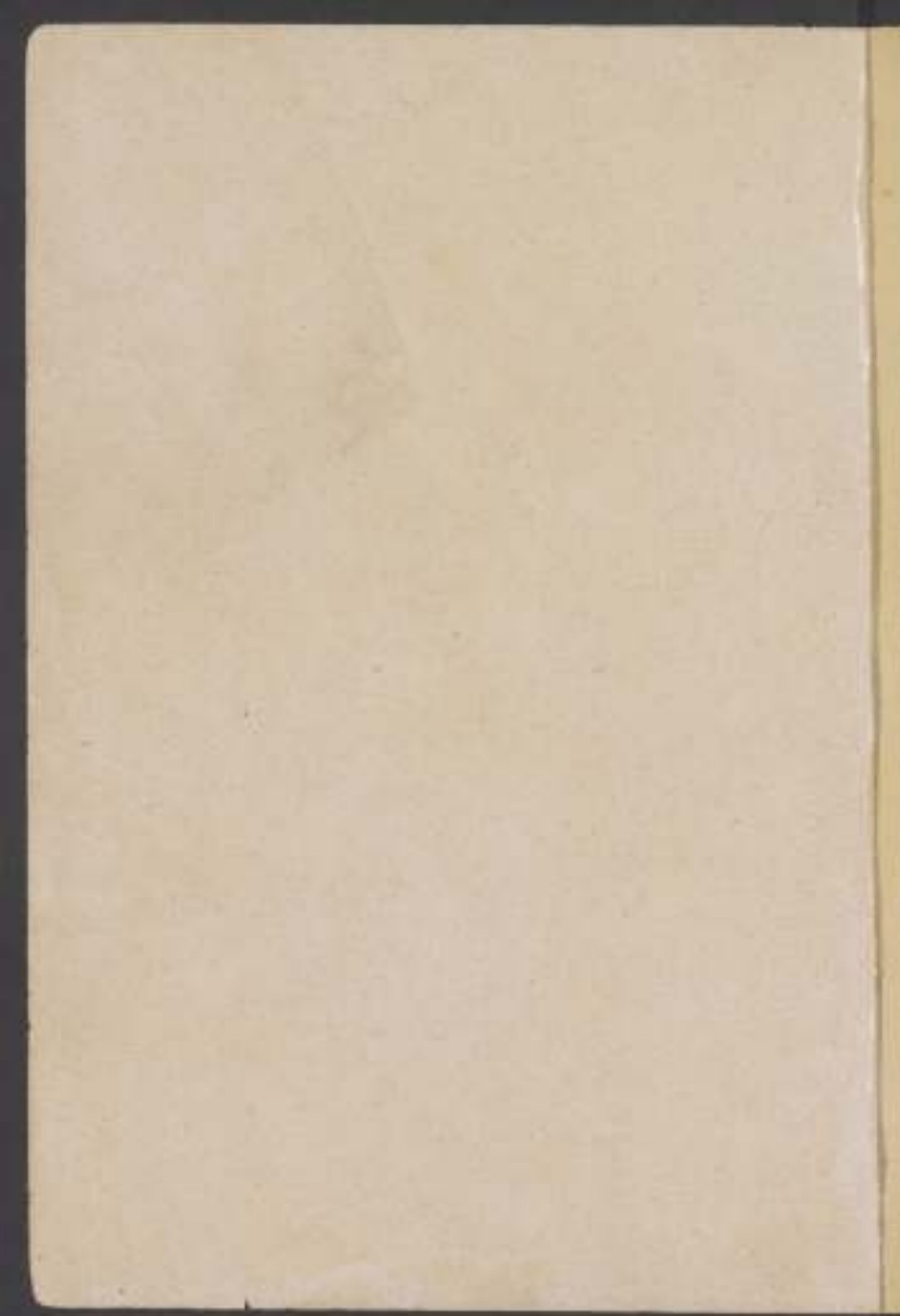


# EL AMOR y el DIABLO

MARIA CORDA  
MILTON SILLS



EDICIONES  
BIBLIOTECA FILMS



*EL AMOR Y EL DIABLO*

REVISADO POR  
LA CENSURA

1 9 3 0

IMPRESA COMERCIAL - Calle Valencia, 234 - BARCELONA

---

---

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

---

---

---

---

*EL AMOR Y  
EL DIABLO*

Adaptación novelesca del film del mismo  
título. Producción de ALEXANDER CORDA  
realizada por NED MARIN, interpretada por  
los célebres y grandes artistas de la pantalla

*MARIA CORDA y MILTON SILLS*

---

---

---

---

VERSIÓN LITERARIA DE  
EZEQUIEL MOLDES

PRINCIPALES INTERPRETES

Lord Alberto Dryan	MILTON SILLS
Giovanna Eli	MADI CORDA
Luigi Barrotti	BEN BARD

.....

**SELECCIONES GRAN LUXOR**  
**V E R D A G U E R**  
**(CONTROL CINÆS)**

*Consejo de Ciento, 290 - BARCELONA*

# EL AMOR Y EL DIABLO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I



ENEZIA...

Es como una hermosa dama del Renacimiento, cuya belleza hace resaltar los collares de esmeralda de sus canales. Agua verdosa, por la que las góndolas se deslizan en silencio, mientras suben en el aire límpido las notas de una canción sentimental que canta, a media voz, el gondolero.

Ciudad aristocrática y legendaria. En el espejo tembloroso de los canales se reflejan, orgullosos, los palacios de complicada arquitectura, en cuyas fachadas la mano de artistas prodigiosos labró en la piedra encajes de maravilla. El agua llega hasta las escaleras de esos palacios; las góndolas, tan gráciles y tan ligeras, se detienen allí;

y al verlas, se piensa en un país de ensueño, uno de esos alados países que crea la fantasía.

A lo largo de las callejas venecianas, por encima de sus canales, nos persigue el pasado. Particularmente, por las noches, se acentúa el poder de evocación de la urbe única, y cuesta trabajo recordar que estamos en el siglo de la radio y del auto-cobete, al contemplar aquellos palacios ancestrales, a cuyos balcones se asomaron recatadamente damas de pomposas vestiduras y caballeros altivos y engolados, puesta la mano, como una garra, sobre la empuñadura de la espada. Tiempos gallardos y caballerescos, en los cuales el galante Casanova paseó por Venecia su hidalguía de gentilhomme y su picardía de truhán.

Llega hasta allí el torrente de la vida moderna, es verdad; pero a la sombra de aquellos palacios, se aquieta, se remansa, como si se inclinase, mudo de respeto, ante los fantasmas venerables del pretérito. Y así, Venecia da la impresión de que lo viejo absorbe a lo nuevo. Y el que pasea en sus góndolas, en el silencio de sus canales, siente la necesidad de evocar, de soñar...

---

Pero huyamos de la influencia arcaica de Venecia y busquemos la vida de hoy, fuerte, inquieta, dinámica, en algunos rincones amables que nos ofrece la ciudad dormida.

Henos aquí en un hotel de gran lujo, uno de esos "palacios" modernos que brindan a sus huéspedes el encanto



ligero de sus salas luminosas, donde la elegancia y el mundanismo tienen su trono.

En el "hall" del gran hotel se observa extraordinaria animación. Son las seis de la tarde. La gente va y viene por el amplio vestíbulo. Son "gentlemen" vestidos por los mejores sastres de Londres; son damas de "toilettes" audaces, que pregonan, ya el buen gusto, ya la extravagancia, de los modistos de París. Algunos grupos de turistas, a quienes parecen haber vestido sus peores enemigos, se pasean por el "hall" o se arrellanan en los sillones, con un aire cansado, de rebaño; muchos toman notas en sus carnets y otros manipulan las kodaks. El caso es que no se pierda nada de lo que han visto, que puedan decir que han aprovechado su dinero.

Junto a la escalera alfombrada que sube hasta el piso donde se encuentran las habitaciones, se aglomeran algunos caballeros. Tienen un aire de espera, y frecuentemente miran con impaciencia hacia lo alto de la escalera. Seguramente algún personaje de categoría debe descender de un momento a otro.

Alejado de todos los grupos, completamente solo, un "gentleman" se pasea por el "hall". Es fuerte, musculoso y su rostro frío, impassible, está curtido por el sol de los Trópicos. Se le nota al andar, al moverse, al mirar, una seguridad, una fortaleza de dominador.

Presentémosle. Se llama lord Alberto Dryan, y es un noble caballero de Albión. Millonario también. Por ser ambas cosas y poseer además un espíritu inclinado a la aventura, en vez de vivir en su "hóme" de Londres o en

su "manor" de Escocia una existencia regalada y muelle, prefiere los riesgos y las emociones de viajes y aventuras.

Y así, no contento con viajar como un simple turista por países ignotos, ha querido añadir a su escudo nobiliario un cuartel más, para él tan estimado como los que le legaron sus antepasados: el de cazador y explorador.

Desde los albores de su juventud, lord Dryan se distinguió por sus aficiones cinegéticas. A la edad en que otros muchachos piensan en bailes y reuniones y empiezan a gustar la miel de los fáciles amoríos, él, abandonando el confort de su casa, se embarcó un buen día en Londres, con dos compañeros más, tan animosos y amantes de la aventura como él, y partió para el Africa lejana. Allí le esperaban las selvas tenebrosas, y en ellas, lo que él buscaba: fieras y alimañas de todas las especies.

Se adentró, ávido de emociones, por comarcas inexploradas, donde el hombre no había puesto su planta aún, y por las noches, cuando junto a la hoguera fumaban su pipa, con la prosopopeya de exploradores hechos y derechos, los precoces cazadores, oían muy cerca el rugido del león.

De aquella su primera salida volvió lord Dryan a Londres con algunas pieles de fieras y muchas aventuras que impuso: cada año, cuando las primeras nieblas empezaban a tenderse sobre la gran metrópoli inglesa, él limpiaba sus armas, preparaba tiendas de campaña, mosquiteros y quinina, y partía para Africa.

Cada vez, sus hazañas iban siendo de mayor categoría y sus descubrimientos empezaron a interesar a algunas so-

ciudades geográficas de Inglaterra, que no tardaron en hacerle socio de honor y en confiarle misiones delicadas, las cuales él cumplía a conciencia.

Su nombre se hizo famoso y respetable. Y fué lord Dryan — el ilustre, el renombrado, el intrépido lord Dryan —, no por el nombre legado por sus antepasados, sino por sus propios méritos. Era lo que él ambicionaba.

Cuando le conocemos, en este hotel de Venecia, lord Dryan ha ido muchas veces a Africa y ha cazado innumerables fieras. Tantas, que empieza a sentirse cansado y empieza también a sentir el deseo de vivir una existencia confortable en su "home" de Londres o en su "manor" de Escocia.

Pero, ¡está tan solo!... ¡Son tan frías, tan antipáticas aquellas salas por donde se pasea triste y silencioso!... ¡Le gustaría a él tanto ver reflejados en aquellos espejos, al lado de su rostro duro y enérgico, el rostro fino y dulce de una mujer!...

## II

Lord Alberto Dryan seguía sus paseos por el "hall. De pronto se detuvo ante el mostrador y le preguntó a uno de los empleados:

—¿Sabe usted si la "signorina" Giovanna Elti ha salido ya para la Opera?

El empleado, señalando con el dedo extendido la cúspide de la escalera, respondió, solícito y sonriente:

—Ahora sale, precisamente, señor.

En efecto, en lo alto de la escalera se erguía una figura admirable de mujer. Alta, bien proporcionada, vestida con una elegancia que de tan exquisita tenía algo de barroca, empezaba ahora descender las escaleras con una majestad de reina. Sus pies breves, regiamente calzados, se posaban con seguridad en los escalones. Nada sugería en ella el recuerdo de ese tipo convencional de muñeca de lujo, que tanto "se lleva" en Europa entre las mujeres de su clase. Por el contrario, daba la impresión de una walkyria fuerte y enérgica: pero de una walkyria pasada por el tamiz incomparable de París.

Entre los caballeros que esperaban al pie de la escalinata, se armó gran revuelo. Todos querían ser los prime-



ros en adelantarse a saludar a la belleza más auténtica del "palace", y aun nos atreveríamos a decir de Venecia. Se empujaban entre sí, olvidando su corrección de "gentlemen", se dirigían miradas de odio. Si no fuese porque el orgullo de sus nombres blasonados no estaba vencido por completo por el deseo, se hubieran injuriado y golpeado allí mismo como simples cargadores del muelle.

Ella, sin descender de su trono, sonreía a todos, con una sonrisa afable, en la que había, sin embargo, algo de superioridad y algo de ironía.

Era Giovanna Etti una de las cantantes de ópera más famosas del mundo. La intérprete admirable de esas mujeres que Wagner creó y que parecen llevar dentro de su espíritu el eco de las rudas selvas germanas. Triunfaba también en el género italiano, pues su voz era bella y pastosa y su escuela de música admirable. Pero donde arrebatada de veras a los públicos más diversos era en el repertorio wagneriano, cuyas heroínas encontraban en ella la intérprete única, la que más se acercaba a su espíritu, la que era, como ellas, a un tiempo mismo fuerte y sentimental.

Triunfalmente había recorrido muchas veces Europa y América, recogiendo sin tasa gloria y dinero. Pero en aquellas grandes urbes que visitaba, era solamente ave de paso. Lejos de Venecia añoraba su sol, sus góndolas, la magia de sus canales. Y si soportaba las "tournées" por las capitales norteamericanas, húmedas y frías — ciudades olvidadas por el sol — era porque se consolaba pensando que

pronto volvería a jugar con las palomas en la Plaza de San Marcos.

Un hombre descendía ahora tras ella la escalinata. Su aspecto era poco simpático. Por la ropa, se le tomaría por un perfecto caballero, pero fijándose en su rostro, se advertía en él un no sé qué de cínico y de pícaro, que repelía.

Artista de ópera también, Luigi Barotti — que tal era el nombre del cantante — había escalado las cimas de la fama usando como trampolín su bella voz de tenor. Pero, en el encumbramiento repentino, no había podido olvidar su origen humilde, y muy frecuentemente, bajo su apariencia correcta, surgía de pronto el antiguo pillote de las marismas venecianas, haciendo alarde de su innata grosería.

Luigi Barotti era, desde hacía algún tiempo, el afortunado mortal que en las tablas conseguía el amor de Giovanna Etti. En las tablas solamente. Algunos maliciosos aseguraban que en la vida real también; pero tales dichos eran solamente suposiciones sin el menor fundamento, ya que la misma Giovanna no perdía ocasión de hacer ver a su compañero la distancia que en la vida les separaba.

Justo es decir que Barotti fingía no enterarse de tales desdenes, y a su vez él no perdía ocasión, cuando se hallaban delante de gente, de hacer creer a los demás que tenía sobre la "prima donna" ciertos derechos...

### III

Alejado del grupo de admiradores de la actriz, lord Alberto Dryan la contemplaba atentamente, con la misma atención que hubiera empleado para apreciar, allá en las remotas selvas africanas, las líneas de una pantera o la arrogancia de un león.

Tan embebido estaba en su contemplación, que el "signor" Carlo Domini, solterón empedernido y hombre de mundo intachable, hubo de tocarle en el hombro para advertirle su presencia, al mismo tiempo que le decía burlonamente.

—¿Acaso la gentil Giovanna ha lanzado una de sus flechas al bravo cazador londinense?

—Quizá, Domini, quizá — respondió lord Dryan, sonriendo con su habitual sonrisa irónica —; las mujeres son capaces de todo...

—En serio; ¿le gusta a usted esa mujer?

—Mucho.

—¿Así, rotundamente?

—Rotundamente. Desde la semana pasada estoy deseando ser presentado a ella.

—Yo se la presentaré... pero le advierto que el alma de esa cantante es más peligrosa que las selvas africanas.

—No temo a unas ni a otras.

En aquel momento, Giovanna Etti volvió la cabeza hacia el sitio donde los dos amigos se encontraban y, reconociendo a Domini y suponiendo que hablaban de ella, saludó con la más amable de sus sonrisas.

Ambos caballeros correspondieron al saludo: Domini, curvando el espinazo como un perfecto cortesano; lord Dryan, secamente, con su adustez de hombre más acostumbrado a luchar con la Naturaleza que a inclinarse ante las bellas en los salones.

No estaba habituada Giovanna a que la saludasen así, sino a que, rendidamente, a los caballeros se postrasen a sus pies; así es que, sintiéndose profundamente intrigada, preguntó a alguno de los admiradores que en aquellos instantes le rendían homenaje:

—¿Quién es ese caballero que acaba de saludarme... un poco rudamente, por cierto?

—Es lord Dryan, el gran explorador africano.

—¡Ah!

Aquel "Ah!" era todo un poema. Era, ante todo, un suspiro de satisfacción. Giovanna comprobaba con alegría inconsciente que aquel hombre, en cuyos ojos acababa de leer la admiración y el deseo, no era un cualquiera. Descubría, además, que iba a conocer a "todo un hombre", muy distinto, ciertamente, del tipo general de sus galanes de entre bastidores. Un hombre habituado a jugar con la muerte; tal vez un verdadero salvaje de las cavernas



— ideal de toda Eva moderna —, disimulado bajo el uniforme de una educación de "gentleman".

No pudo continuar sus reflexiones. Domini estaba ante ella y le presentaba al "salvaje de las cavernas", el cual se inclinaba levemente, sin perder su dignidad. Giovanna le tendió la mano, que lord Dryan besó con la gentileza de un caballero de Versalles.

En aquel momento, Luigi Barotti tuvo uno de sus exabruptos. Olvidando las reglas más elementales de la urbanidad, cortó bruscamente la presentación iniciada, diciéndole a su compañera con tono autoritario:

—Haz el favor de darte prisa, Giovanna, o llegaremos tarde al teatro.

La cantante se volvió con orgullo, y miró al tenor con una mirada fría y desdeñosa:

—Das órdenes como si yo te perteneciese, Luigi... Vete tú, si quieres; yo iré cuando me plazca.

—¡Está bien! ¡No creas que vas a tenerme aquí de paje!

Y el tenor, calándose el sombrero de copa hasta las orejas, pasó por entre el grupo de los admiradores de Giovanna con la altanería de un capitán de los tercios de Flandes.

Hubo en el grupo risitas, comentarios y cachicheos en abundancia:

—¡Parece que el amigo se marcha un poco quemado!

—¡Esta noche Barotti nos obsequiará con algún "gallito"!

—¡Me parece que Giovanna le ha dado una buena lección!

—¡Y tan buena! ¡No quisiera yo correr un ridículo parecido!

—¡Para los que dicen que están a partir un piñón!...

Si Luigi Barotti hubiera oído a los que frecuentemente le llamaban "gran tenor" y "sucesor de Anselmi", su vanidad, sin duda, habría sufrido un rudo golpe. Por fortuna suya, como suele acontecer en casos tales, sus comentaristas hablaban cuando ya él no podía oírles.

Creemos excusado decir que ni Giovanna ni lord Dryan participaron en semejantes comentarios. Hallábanse ambos demasiado ocupados en mirarse a los ojos para cuidarse de minucias. Hablaban. Y sus palabras triviales hallaban, sin embargo, eco en sus corazones. Eran como dos caminantes que, andando por caminos opuestos, se hubiesen encontrado y descubierto que era cada uno de ellos el que el otro buscaba.

Lord Dryan, procurando dulcificar la sequedad de su acento, decía:

—Desde que estoy en Venecia, señora, ni una sola noche he dejado de aplaudirla...

—Es usted muy amable — respondía Giovanna, íntimamente complacida —. ¿Cómo podré agradecérselo?

—Permitiéndome saludarla esta noche después de la función.

—Permitido entonces... En el escenario, después de la representación.

Y se despidió, gentilísima, saliendo del hotel seguida

de su cohorte de admiradores. Cuando hubo entrado en el hermoso "40 caballos" que esperaba a la puerta, Carlo Domini se acercó sonriente a lord Dryan y le tendió la mano:

—Mi enhorabuena, milord...

—Gracias... pero me parece prematura.

—No lo es, sin embargo. Tiene usted suerte... Muchos hombres de Venecia darían años de su vida por esa cita.

—¿Cree usted tan difícil conseguir una entrevista de esa cantante?

—A solas, sí. Giovanna, como todas las artistas que están en la cumbre, tiene que contentar a muchos galanteadores...

—Ya he podido apreciarlo.

—Pero ninguno de esos que usted ha visto puede jactarse de haber obtenido de ella algo más que una sonrisa o un apretón de manos.

#### IV

Naturalmente, lord Alberto Dryan no faltó a la cita. Correctamente vestido de frac asistió a la representación, y cuando ésta terminó, pasó al escenario; pero allí le esperaba una sorpresa desagradable. No estaba solo. Los admiradores del hotel, con su bagaje de aspavientos y reverencias, estaban también allí, en el escenario, esperando impacientes que el ruiseñor acabase de lanzar sus últimos gorjeos.

Se sintió un poco herido en su amor propio. Por la tarde, al escuchar las palabras de Giovanna, y después la felicitación de Domini, se había hecho la ilusión de que podría llegar hasta la cantante sin que ningún obstáculo surgiese entre ambos. Y ahora, la presencia allí de aquellos donjuanes de guardarropía, le irritaba como una ofensa.

Se acercó al director de escena, que por el escenario andaba, y le dijo:

—La "signorina" Etti me ha dicho que deseaba verme.

—Está ahora en el escenario — respondió el director.

—Ya lo sé.

—Puede usted esperar con esos señores, que también están aguardándola.

Y le señaló el grupo de incondicionales. Lord Dryan se puso el sombrero de copa e hizo ademán de marcharse. Le repugnaba verse mezclado con aquella colección de pisaverdes. Ya daba un paso hacia la puertecilla del escenario, cuando Giovanna salió del proscenio.

Se detuvo entonces. Para saludarla... nada más que para saludarla. ¡Lo cortés no quita lo valiente! Pero notó que ella, al verle, sin hacer caso de sus admiradores, corría hacia él con las manos extendidas y en el rostro una sonrisa de felicidad. Y aquello le hizo olvidar la pasajera irritación.

Giovanna le dijo:

—Venga usted a mi camerino; allí podremos charlar con más comodidad.

Ella siguió:

Trató luego de pensar en los peligros de las selvas africanas, cuando la cantante, detrás de un biombo, se desnudaba ayudada por la doncella. Pero su pensamiento no le obedecía, y, sin él quererlo, revoloteaba en torno de Giovanna, que, seguramente, en aquellos momentos estaría mucho más bella aún...

Por fortuna, el pequeño suplicio duró poco. Giovanna apareció en una "deshabillé" que le añadía encantos y se sentó en el sofá al lado de lord Dryan, diciéndole jovialmente:

—¿Te he gustado esta noche a mi señor explorador?

—¡Muchísimo!

—¡Adulador!



—No es adulación, Giovanna... Cuando canta usted, quisiera cerrar los ojos para escucharla mejor... pero es usted tan hermosa, que no puedo...

—¿Y dice usted que no es adulador?

Se rieron. La doncella iba y venía por el camerino arreglando los vestidos, y la cantante le dió orden de servir una botella de champaña. Obedeció la muchacha, y cuando hubo colocado ante su señora la botella las copas, le preguntó:

—¿Manda la señora algo más?

—Por ahora no.

—¿Espero?

—Sí; espera a la puerta. Y, sobre todo, que nadie venga a molestarnos.

Lord Dryan se apresuró a abrir la botella, y llenó las copas del líquido espumoso. Brindaron y bebieron, como dos antiguos camaradas. El tono de su conversación se iba haciendo más íntimo, más confidencial.

—Es preciso que sea usted un enamorado de la música —decía Giovanna— para venir aquí cada noche.

—No es solamente la música lo que me atrae... es usted.

—¿Volvemos a las andadas?

—Me limito a decir la verdad.

—Sospecho que yo tendré para usted, poco más o menos, el interés de cualquier otro de sus descubrimientos...

—¿Lo cree usted así?

—Así lo creo.

—Añada usted entonces, "por el mejor de mis descubrimientos"... Llevo hechas muchas exploraciones en mi

vida... pero nunca hasta ahora había descubierto un ángel.

—¡Pero yo no soy un ángel, milord... ni siquiera un ángel caído!

—Perdón, lo es usted... La prueba es que en estos instantes me siento como si estuviese en el Cielo...

A través de la frivolidad de las palabras, sus almas se iban acercando. Pero el asunto marchaba demasiado bien para lord Dryan, para que fuese duradero. Un incidente desagradable e inesperado vino de pronto a turbar el idilio iniciado.

Se oyeron al otro lado de la puerta voces airadas y voces humildes. Decía la voz humilde, la de la doncella:

—No se puede pasar... le digo que no se puede... La "signorina" lo ha prohibido.

—Esas prohibiciones no rezan conmigo—respondía la voz airada de hombre.

—Aunque no recen, "signor"; yo hago lo que me mandan.

—¡Pues, lo quiera usted o no, yo tengo derecho a entrar en esta habitación, y entraré!

Y al mismo tiempo, la puerta se abrió violentamente, y en el vano apareció, en batín, la figura de Luigi Barrotti.

Cuando el tenor se vió dentro del camerino, "compuso el gesto", con un alarde de cómico viejo, y se adelantó hasta el sofá aparentando un aire despreocupado y alegre, que estaba muy lejos de sentir. Por detrás del mue-

ble llegóse hasta Giovanna, y sin que ella pudiera impedirlo, le dió un beso en la nuca, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Has estado divina esta noche, Giovanna!

La cantante sintió que toda la sangre le afluí al rostro, como si hubiese recibido una bofetada. Bofetada era aquello, en efecto, puesto que Luigi, sin el menor derecho para ello, adoptaba así actitudes de amo y señor ante el posible rival, advirtiéndole por anticipado que estaba tomada la plaza. Abusaba de su situación, porque sabía bien que Giovanna, por temor a un escándalo, no se atrevería a ponerle en evidencia.

Pero fué tan fría, tan imperiosa la mirada que la cantante le dirigió, que el tenor, algo desconcertado, a pesar de su cinismo, se separó del sofá, diciendo, para ocultar su turbación:

—Naturalmente, iremos a cenar al Campi, como de costumbre...

—No, gracias —respondió Giovanna secamente—; tengo un compromiso anterior.

—Lo siento, Giovanna... Espero que me perdonarás esta pequeña interrupción.

Y Luigi, ocultando a duras penas su despecho, saludó friamente a lord Dryan y salió del camerino, dando un portazo.

La "prima donna" se volvió entonces al caballero inglés, y con su sonrisa más amable, le dijo:

—Usted dirá si tengo, en efecto, un *compromiso anterior*...



Aquella noche, lord Dryan y Giovanna Etti cenaron juntos en uno de los más elegantes restaurantes de Venecia.

Con aquella cena sellaron su naciente amistad y abrieron la portada de una novela de amor. Se vieron desde entonces con mucha frecuencia: en el hotel, en los paseos, en el teatro.

Durante el día, lord Dryan se sentía completamente feliz. Desde por la mañana acaparaba a Giovanna, y juntos recorrían la ciudad de los Dogos, curioseándolo todo, embriagándose con el ambiente evocador de la urbe de los cien collares de esmeralda. Se les conocía ya en los restaurantes, en los salones de té, en todos los lugares de esparcimiento, donde la vida se deslizaba amena y fácil.

Pero por la noche empezaba el martirio para lord Dryan. Sentado en una butaca de la Opera, asistía, como a un suplicio, a las representaciones, que pocos días antes eran su deleite. Ante él, Giovanna tomaba las encarnaciones más diversas. De Carmen saltaba a Isolda; de Manón, a Mimí. Y siempre, a su lado, abrazándola, be-

sándola, cantándole su amor al oído con el verbo cálido y convencional de las óperas, estaba el odiado Luigi Barotti. ¡Odiado, sí! Lord Dryan le aborrecía a conciencia, como no había aborrecido nunca a nadie. ¿Que aquello no era razonable? ¡Conformes! El no lo ponía en duda. Pero, ¿es que en los asuntos de amor interviene alguna vez la razón?

Lord Dryan comprendía perfectamente que se hallaba ante una ficción, que Giovanna, en su papel de Carmen o de Mimi, lo mismo fingiría sentirse arrojada por las frases musicales de cualquier otro tenor. Pero... ¡Siempre el pero! Barotti, después de una de aquellas escenas de amor, adoptaba un aire tan triunfal, tan engreído, que lord Dryan llegaba hasta a creer que le miraba con un molín de burla y de desprecio. ¡Y aquello le resultaba intolerable!

Además... ¿Sería Giovanna completamente insensible a las frases líricas y apasionadas que en el idioma de ella vertía cada noche el tenor en sus oídos?

Las mujeres —se decía lord Dryan— son románticas de un modo natural e innato. ¿No podía el romanticismo de Giovanna impulsarla a amar a Barotti, aunque su razón, lejos de la magia del escenario, la aconsejase desdenarle? Y comparaba: él —lord Dryan— era allí un espectador, uno de tantos espectadores, que ella solamente divisaba como una gran masa —[el monstruo de mil cabezas!— desde el escenario. En cambio, "el otro"... El otro estaba a su lado aureolado de luz y de poesía, como un héroe de leyenda; sumergiéndose ambos, cuando sus

gargantas gorjeaban juntas, en el baño perfumado de la gloria. ¿Cómo competir con él?

Y las manos de lord Dryan se crispaban en los brazos de su butaca.

También él tenía su gloria, era verdad. Pero, ¿podía interesarle su gloria a una mujer como Giovanna? ¡La gloria ruda de un cazador de leones! ¡Algo que forzosamente había de chocar con la fina sensibilidad de una mujer tan exquisita y refinada como la "prima donna"!

Lejos estaba él de sospechar que, precisamente, aquella rudeza suya — hombría, virilidad, en contraste con el afeminamiento de sus adoradores habituales — era lo que había cautivado a la cantante.

Por su parte, Barotti también sufría; no en su amor, pero sí en su vanidad. Todas las noches, cuando ambos abandonaban el proscenio, él la recriminaba en estos o parecidos términos:

—¿Hasta cuándo va a durar este escarnio? ¡Todas las noches cantas para él..., sólo para él!

—No pretenderás que cante para ti—le respondía Giovanna con sonrisa burlona.

—¡Sería lo natural!

—Natural o no, querido, yo canto para quien me parece.

Y se entraba en su camerino sin querer escuchar el rosario de quejas y lamentaciones que cada noche Barotti preparaba.

Después venían las horas gratas, las horas amables que se deslizaban como en un sueño. Terminada la represen-

tación, lord Dryan subía a buscar a Giovanna, y en un "restaurant de nuit", entre espuma de champaña y música alegre de "jazz", el millonario inglés olvidaba sus celos cotidianos y pensaba que aquella mujer que estaba a su lado sería capaz de amarlo... Y se sentía feliz. Y a través del prisma de su optimismo contemplaba el panorama del mundo como un gran campo de color de rosa.

Una noche, a la salida de una de esas cenas, lord Dryan propuso a Giovanna un paseo en góndola. La luna, en plenilunio, brillaba en el cielo y se reflejaba en los canales. Giovanna aceptó encantada, y una góndola de lujo, una de esas góndolas que tienen una especie de cámara con cortinas de damasco, propicias, más que ningunas, al amor, les llevó suavemente a lo largo de los canales dormidos.

Era un espectáculo de magia. Como en un país de ensueño, donde todo se conjurase para hacer más dulce el placer de amar, el remo que abría surcos de plata en el agua, la luna que se reflejaba en los canales, la canción del gondolero, la sombra angusta de los palacios, el silencio, la noche... todo, todo contribuía a hacer aquel momento divino e inolvidable.

Giovanna, embriagándose con el encanto de la ciudad incomparable, se volvió hacia lord Dryan, y con una voz dulce, una voz nueva, que él aún no le había conocido, le dijo:

—¡Ah!, si pudiera usted sentir el alma de Venecia como la siento yo...

—Creo sentirla, Giovanna.

—Venecia es caricia... es amor...



—Venecia será siempre mi ciudad amada...

¿Porque es bella como ninguna, verdad?

—Porque en ella la he conocido a usted.

Callaron. El remo seguía hundiéndose en el agua, llevando el compás de la canción del gondolero, que a veces parecía himno de alegría, a veces gemido de dolor.

Lord Dryan se había puesto taciturno. Un recuerdo amargo cruzaba su cerebro. Ella lo notó, y le preguntó, solícita:

—¿Qué tiene usted, Alberto?

—Nada.

—No, eso no es verdad... Usted tiene algo; de pronto se ha quedado pensativo, como si algo le preocupase.

—¿Y si fuese así?

—Yo quiero saberlo.

—¿Tiene usted mucho interés?

—Todo lo que es suyo me interesa, milord.

—Pues bien: la verdad es esta... No puedo verla a usted todas las noches entre los brazos de Barotti...

—¡Oh, lo de siempre...! Yo creía que se trataba de algo más grave.

—Lo más grave para mí es eso.

—No piense usted niñerías, mi querido lord... Ya sabe usted que eso es ficción, nada más que ficción.

—A veces lo creo así; pero otras veces me parece realidad.

—Lo que le digo, Alberto... ¡Niñerías!

Hubo un silencio. Giovanna se puso a mirar obstinadamente el agua que corría al lado de la góndola. Lord Dryan se puso a mirar obstinadamente a la mujer que te-

nía al lado. Como un "ritornello", la canción del gondole-  
lo y el ruido isócrono del remo llegaban hasta ellos.

En San Marcos sonó una campanada. Y, como respon-  
diendo a la potente voz metálica, al mismo tiempo, o con  
breves intervalos, otras campanadas llenaron el aire de  
vibraciones: San Jorge Mayor, San Jorge de los Griegos,  
San Jorge de los Sclayones, San Juan, San Moisés, la Sa-  
lud, el Redentor... Era un diálogo de lenguas de bronce.

Envuelto en aquella onda metálica, lord Dryan se acer-  
có más a la cantante.

—Giovanna—le dijo con una voz un poco temblorosa.

—¿Qué?—respondió ella, volviéndose para mirarle a  
los ojos.

—Giovanna, la vida ha sido generosa con usted... le  
ha dado cuanto puede ambicionar...

—Es verdad...

—Sólo una cosa puedo yo ofrecerle...

—¿Y es...?

—Amor...

—¡Amor!

—Giovanna... ¿no querrá usted venir a Londres con-  
migo... como mi esposa?

La cantante no contestó. No hacía falta. Su actitud de  
abandono, de entrega, hablaba más elocuentemente que lo  
que sus palabras pudieran decir. Lord Dryan la besó en  
la boca... Como un "ritornello", la canción del gondole-  
ro y el ruido isócrono del remo llegaban hasta ellos.

En el aire no se había extinguido aún la conversación  
de las lenguas de bronce.

#### IV

Fué por amor — amor al hombre fuerte y original que no se parecía a "los otros" —, por lo que Giovanna Eth accedió a casarse con lord Dryan. Fué también, un poco, por vanidad; esa vanidad pueril de las artistas, que a veces las impulsa a desdeñar su propia gloria para ocultar su nombre famoso a la sombra de otro nombre ilustre, o solamente respetable.

Cuando, pasados los primeros transportes de felicidad, lord Dryan y Giovanna se decidieron a penetrar en el terreno, más prosaico, de las cosas prácticas, el "gentleman" tomó la palabra:

—Vamos a charlar ahora como dos buenos amigos... mejor dicho, como dos socios que van a emprender juntos un gran negocio...

—Casi me asustas.

—Es preciso puntualizarlo todo bien ahora, para que el día de mañana no tengamos que echarnos nada en cara.

—¿Entonces, esta conversación va a ser muy seria?

—Muy seria.

—Pues habla; te escucho.

—No sé si sabrás, Giovanna, que soy millonario...

—No lo sabía, pero lo sospechaba.

—Mejor así. No tendré entonces que gastar mucho

tiempo ni muchas palabras en hablarte de mi fortuna, tema siempre desagradable...

—¿Desagradable? ¡Por Dios!

—Para mí, sí... Pero vamos al grano. Me interesa decirte que tengo una mansión confortable en Londres y un castillo en Escocia, también confortable.

—¡Oh, encantador!...

—Quiero decirte con eso, que a mi lado nada te faltará, ni nada echarás de menos. Tendrás todo lo que tienes ahora...

—Excepto una cosa...

—¿Cuál?

—Los ensayos.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi matrimonio va a librarme de una de mis horribles pesadillas: los ensayos.

—¿Pero... entonces... no vas a cantar más?

—¡Naturalmente que no!

—¿Pero, y tu gloria, y tu nombre?

—¡Al olvido! En lo sucesivo, no quiero más nombre que el tuyo.

—¿Hablas en serio, Giovanna?

—¿No habíamos quedado en que esta conversación era muy en serio?

—¡Oh, gracias, gracias, Giovanna!... ¡Todo esto es mucho más de lo que yo esperaba de ti... mucho más de lo que me hubiera atrevido a pedirte!

Lord Dryan se sentía ebrio de felicidad. Aquella conversación buscada por él, aquellos rodeos que venía dando



desde el principio de ella, no tenían por objeto más que llegar al punto que deseaba: rogar a la "prima donna" que renunciase al teatro. Y ella se le había adelantado, sacrificando por él su gloria, el marco maravilloso del escenario, su pasión por el arte, la música enloquecedora de los aplausos... Y todo eso de un modo natural, sin concederle importancia, como si no se desprendiese de una gran parte de su vida, de toda su vida...

Jovialmente, en el mismo tono ligero que ella había llevado la conversación, Giovanna añadió, sonriendo:

—En cuanto nos casemos, seré la correctísima, la ejemplarísima lady Dryan... Mi amado Otelo no volverá nunca más a sentirse celoso por mi culpa.

Y un buen día se casaron. Un día luminoso de Venecia, en el que el cielo, de un fuerte color añil, sin una nube, sin una mancha, parecía haberse vestido de gala para asistir a su fiesta nupcial.

En la iglesia, muchas luces, muchas flores, muchos invitados. Media Venecia se había congregado allí, sabiendo que al asistir a la boda de su cantante favorita, asistía también a la ceremonia de su despedida. En el coro, voces infantiles, mezcladas con la voz grave del órgano, ponían sobre aquel momento una nota leve de emoción.

Terminada la boda, los novios, solamente con el tiempo justo para cambiarse de ropa en el hotel, se dirigieron a la estación. Estaba convenido entre ambos que partirían inmediatamente para Londres, donde residirían en lo sucesivo.

A la estación los acompañaron los íntimos. Y entre aquellos íntimos, naturalmente, estaba en primer lugar Luigi Barotti. Lord Dryan hubiera prescindido muy a gusto de su presencia; pero el tenor no estaba allí por él, sino por Giovanna, y no tenía más remedio que soportar la violencia de oír su voz y de estrechar su mano.

Cuando llegaron a la estación y entraron en el andén, situándose al lado del expreso de lujo que iba a salir, lord Dryan se sintió un poco aislado. El no tenía amigos en Venecia. Todos los que habían ido a despedirles allí, eran amigos, compañeros y admiradores de Giovanna. Y, como era lógico, a ella, exclusivamente a ella, le consagraron los escasos minutos que faltaban para la salida del tren.

Todos la rodeaban, todos la agasajaban, todos se disputaban el honor de recibir una palabra, una sonrisa de ella. Y el caballero inglés, sintiéndose solo y olvidado, optó por subir al tren y esperar a su esposa en el compartimiento.

Sonó una campanada. Luego otra. El segundo toque. Faltaban solamente tres minutos para la salida.

Todos los que hasta allí les habían acompañado se despedían de Giovanna con extremos, y al pasar por delante de la portezuela del coche, donde lord Alberto se encontraba, tenían para él una leve reverencia.

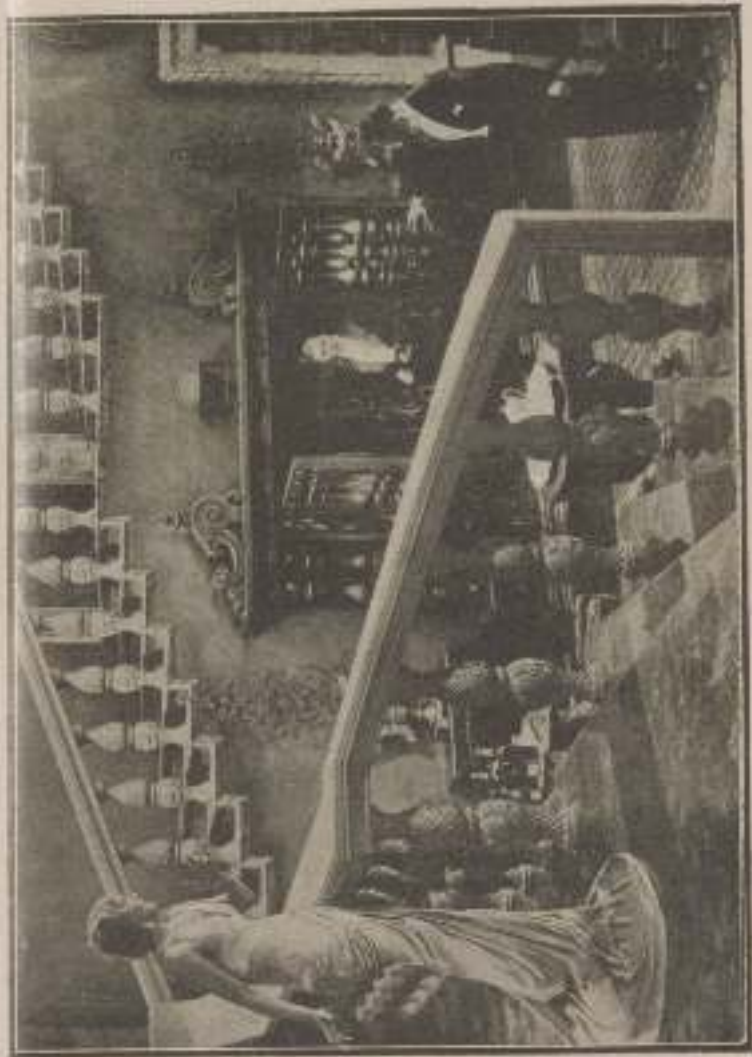
Ya no quedaban en el andén, al lado de la "prima donna" más que Luigi Barotti y aquel Carlo Domini, que, tiempo atrás, había presentado a la cantante al explorador. Se despidió también éste, y Barotti, libre ya de obstáculos,



—A la izquierda: una mujer en un traje de baño V — a la derecha: Clotilde

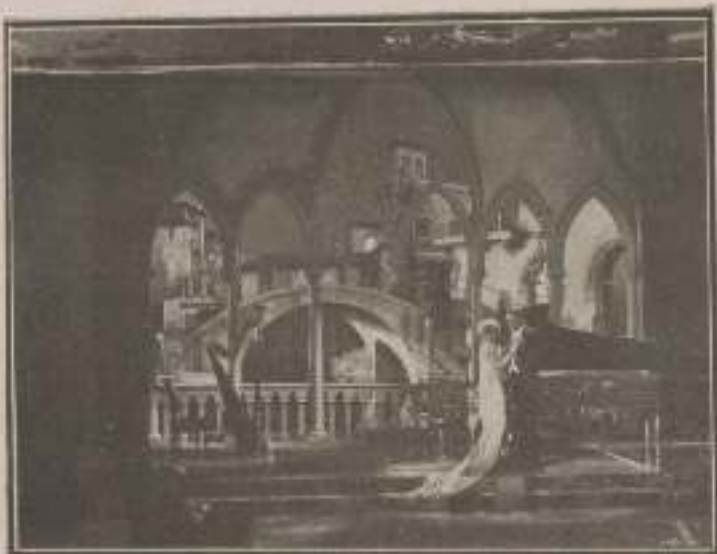


- Cuanto más uno quiere ver a los ojos para conseguir mejor...



- No quadro com este piceia dissonante, acidentada.





- Giovanna Italia esulta e sue abitazioni...



- Correte una incosista, Alberto. Una anarica intelligenza...

se acercó a su compañera de triunfos artísticos y le tendió la mano, mientras le decía:

—Has cometido una gran equivocación, Giovanna... Nunca serás feliz con ese hombre.

Y como ella, perdida su atención en los mil acontecimientos del día, no le contestase, Luigi tomó su silencio por aprobación de sus palabras, y añadió:

—Ni él ni nadie tienen derecho a encerrarte en una jaula, aunque sea de oro... Tú perteneces al arte... al mundo...

Y su tono y sus ademanes eran enfáticos, como cuando cantaba un aria ante el entusiasmo de la galería.

Sonó la tercera campanada, y Giovanna le estrechó la mano:

—¡Adiós, Luigi!

Y, ágil, subió al coche. Aun estaba en el estribo, cuando pudo oír la voz de Barotti, que le decía:

—¡Te esperaré, Giovanna! semanas, meses... lo que haga falta! ¡Sé que al fin volverás a tus éxitos... y a mí!

De esta breve conversación, mejor dicho, de este monólogo de Barotti, lord Dryan, situado junto a la entreabierta portezuela del coche, no había perdido ni una palabra. Y en su frente había una arruga profunda cuando el tren se puso en marcha.

Por el contrario, en Giovanna, todo era alegría, felicidad. Con un gesto de cansancio se dejó caer en la butaca del coche, diciendo entre risas:

—¡Uf!... ¡Creía que no iba a poderme librar de esos moscardones!

## VII

Atrás quedó Venecia, y el tren cortaba con una línea recta la sábana verde de los campos.

Hundido en su butaca, lord Dryan fumaba y meditaba. Giovanna, sin abandonar su sonrisa de dicha, de alegría, de optimismo, contemplaba el paisaje.

Y volaron los kilómetros. Y pasaron campos, montañas, aldeas, caseríos...

Lord Dryan se levantó un momento de su butaca y fué a sentarse al lado de su esposa. La contempló un momento con amor, con deseo. Y se hizo más profunda la arruga de su frente. Después, como queriendo alejar de su mente el pensamiento que le torturaba, la llamó:

—Giovanna...

Ella se volvió, sonriente.

—¿Eres feliz, Giovanna?

—¡Completamente!

—¿Estás bien segura de que nunca lamentarás el paso que acabas de dar?

—Segurísima.

—Piensa que renuncias a tu gloria, a tu arte, a tu ciclo... a todo lo que es tuyo, a todo lo que amas.



—Te amo a ti más... Sólo eso es lo que me importa.

La arruga de la frente de lord Dryan desapareció por completo.

Muchas horas pasaron en trenes de lujo; muchas horas navegaron en vapores suntuosos. Y al fin, Londres, con sus edificios innumerables, apareció en el horizonte.

En la estación se repitió, muy parecida, la escena de la estación de Venecia, pero a la inversa. También había aquí en el andén numerosas personas esperando la llegada del expreso; pero no aguardaban a la cantante famosa, sino al ilustre explorador.

Eran reporteros de grandes rotativos, miembros de importantes sociedades geográficas, amigos de lord Dryan. Por un momento, Giovanna pensó que su marido había anunciado telegráficamente su matrimonio y que todas aquellas personas venían a saludarla a ella, a la "prima donna" que en varias ocasiones había actuado en los teatros londinenses. Pero pronto se convenció de su error. Aún no parado el tren, los reporteros invadieron el coche, preguntando:

—¿Dónde está lord Dryan? ¿Podemos entrevistar a lord Dryan?

Nadie reparó en ella. Era solamente "una viajera": todo lo más, "la esposa de lord Dryan", que si algún interés podía despertar, era solamente por el rayo de luz que la gloria de su marido irradiaba sobre ella. Y, por primera vez en su vida, conoció la amagura de pasar desapercibida mientras otros recibían aplausos y parabienes.

Ni por un momento pensó que su marido había pasado

por los mismos instantes amargos, cuando, en Venecia, nadie vió en él más que al "marido de Giovanna Etti", y eran para ella todos los agasajos y todas las saluciones.

Requerido por aquel grupo entusiasta de sus admiradores, lord Dryan vióse obligado a descender al andén, mientras que Giovanna se quedaba en el coche, al lado de la portezuela, exactamente igual que él había hecho en Venecia.

Los reporteros, agrupándose en torno del explorador, le suplicaban:

—Díganos usted algo, lord Dryan... Unas palabras para nuestro periódico...

—Pero, señores, no creo que este sea el lugar ni el momento más indicado para entrevistas...

—Sólo una palabra, milord... Algo que podamos anticipar a nuestros lectores, antes de la entrevista que celebraremos con usted en su casa.

—Bien, señores, sólo puedo decir a ustedes que estoy muy contento...

Giovanna aguzó el oído. ¿Iría a referirse a su matrimonio? ¿Iría a nombrarla a ella al fin?

Lord Dryan continuó:

—... que estoy muy contento del éxito de nuestra expedición en el Congo.

Y todos los lápices de todos los reporteros volaron sobre las cuartillas, anotando taquigráficamente las palabras del ilustre explorador.

## VIII

Finaba octubre.

Hasta entonces, desde que llegaron de Venecia, los recién casados habían vivido en el castillo que lord Dryan poseía en Escocia. Un castillo soberbio, con parques magníficos, con grandes cotos en los que abundaba la caza, con habitaciones amplias y confortables, con perros, con caballos, con todo lo necesario—y lo superfluo también—para hacer una vida campestre, al aire libre, sin echar de menos las urbes inquietas.

Allí habían pasado, en una soledad casi absoluta, los días bellos de la luna de miel, gustando juntos las delicias de un otoño que tenía algo de primavera para ellos. Después, calmado algo el fuego del amor, no les faltaron otros gratos entretenimientos.

Los señores de los castillos vecinos, antiguos amigos de lord Dryan, se acercaron a ellos, y organizando fiestas y cacerías, paseos a caballo y partidas de "bridge" al amor de la lumbre, consiguieron que los recién casados no sintiesen prisa por volver a sumergirse en el torbellino de la vida ciudadana.

Pero vinieron las primeras lluvias y los primeros fríos,

y sobre el campo se tendió un velo de tristeza. Se pasaban días enteros encerrados en el castillo; agotaron todas las conversaciones; leyeron u hojearon todos los libros de la biblioteca... De seguir allí, el hastío acabaría por apoderarse de ellos.

Entonces regresaron a Londres.

La metrópoli gigantesca, envuelta en sus tules de niebla, les brindó en los primeros tiempos el encanto de sus teatros, de sus "music-halls", de sus "restaurants de nuit", donde las horas tenían una amenidad y una ingravidez deliciosas.

Pero el invierno avanzaba.

Las nieblas diurnas se iban haciendo más frecuentes y más densas. A veces la obscuridad era tan profunda, que a las doce del día estaba encendido el alumbrado de las calles, y aun así se hacía en extremo difícil la circulación. Los "policemen" encargados de la dirección del tráfico abrían bien los ojos, tratando de sondear las tinieblas que se extendían ante ellos, impidiéndoles cumplir con su deber, poniendo entre ellos y los vehículos que rodaban a miles una cortina impenetrable.

Por las noches, la lluvia caía de un modo persistente. Y, a menudo, los temporales que en el Canal levantaban olas como montañas, pasaban silbando sobre las calles de Londres, doblando los árboles, empujando a los transeúntes, arrancando de lo sumo de los edificios tejas y chimeneas.

Fué preciso reducir el número de salidas. Y muchas noches, mientras fuera el viento hacía locuras o las nubes regaban la tierra, lord Dryan y Giovanna leían sentados

junto a la chimenea, donde ardian los troncos con un crepitar alegre.

De vez en cuando, uno u otro dejaban caer el libro y bostezaban. Otras veces, Giovanna quedábase quieta, con los ojos fijos en la llama de la chimenea. Evocaba. Recordaba. Y al conjuro de su pensamiento, de la chimenea desaparecían troncos y llamas, y Venecia surgía, con la magia de sus canales, con el encanto sutil de sus palacios seculares. Ahora, en la ausencia, Giovanna la veía más hermosa que nunca, más tentadora que nunca; y añoraba su cielo, y sus góndolas, y la tibieza de su ambiente, y la voz metálica de sus campanas.

Una noche...

Era una de aquellas noches en que las nubes vertían sobre Londres un torrente continuo. Como en otras noches idénticas, los esposos estaban sentados junto a la chimenea, donde los troncos, al arder, chisporroteaban con alegría.

Lord Dryan leía. Giovanna quería leer.

De pronto, tiró el libro con un movimiento irreprimible de cólera; se levantó y se acercó a uno de los grandes ventanales. Por los cristales resbalaba la lluvia rápidamente. Unas gotas sucedían a las otras, y eran mil arroyos minúsculos que se deslizaban por los vidrios. Se decía que lloraban.

Giovanna sentía excitados sus nervios. Tenía hambre de libertad, de aire puro; anhelaba ver un cielo azul, sin una nube, como aquel cielo añil de Venecia que se vistió de gala para asistir a sus nupcias.

Se volvió bruscamente hacia la butaca que ocupaba en



marido y su mirada tropezó con la de él. Lord Dryan, al ver su gesto de cólera, había dejado el libro y la observaba atentamente.

Ella no pudo contenerse por más tiempo:

—¡Esto es un infierno, Alberto! ¡Yo no puedo seguir aquí un día más, ni una hora más!

Lord Dryan se levantó calmadamente y le preguntó, con un asomo de ironía en la voz:

—¿Los pícaros nervios otra vez?

—¡Sí, los pícaros nervios!

—¿No estás a gusto aquí, a mi lado?

—¡No es eso, Alberto!...

—¿No encuentras esta casa confortable? ¿No es grato estar en esta sala, al calor de la chimenea, mientras fuera cae la lluvia?

—¡No es eso, no es eso!... ¡No me comprendes, Alberto!...

—¡Habla entonces, a ver si te entiendo mejor.

Ella avanzó hacia su marido, con un gesto suplicante:

—¡Me ahogo aquí, Alberto!... ¡Llévame a Venecia otra vez!... ¡Tengo hambre de sol, de luz!...

Lord Dryan se acercó a ella, la hizo sentar a su lado y la tomó una mano:

—¿Estás segura de que es sólo el sol de Venecia lo que te interesa volver a ver?

—No es el sol precisamente, Alberto... Es todo... la música, la alegría, la gente...

—¿Y Barotti, verdad?

—Ni siquiera he pensado en Barrotti, te lo aseguro... Es Venecia lo único que me interesa...

—¿Dices la verdad?

—La he dicho siempre.

Lord Dryan se levantó y fué a apoyarse en el poyo de la chimenea. Por espacio de unos segundos contempló la oscilación de las llamas. Después, con tono sombrío, dijo:

—¡Yo odio a Venecia!

Giovanna, al oírle, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa:

—Sin embargo, una vez me dijiste que la amabas, porque allí me habías conocido...

Calló lord Dryan y, obstinadamente, siguió mirando a la lumbre. Giovanna se acercó a él, le obligó a volver el rostro hacia donde ella estaba y le preguntó:

—¿No dijiste entonces lo que sentías?

Su marido la miró al fondo de los ojos, y tomándole una mano, no con la suavidad de antes, sino con energía, con decisión, con cólera, le dijo:

—¡Quiero saber la verdad... la verdad absoluta! ¿Por qué deseas volver?

—Te lo he dicho ya... Por ver Venecia otra vez...

—Si es por Barotti... le mataré!

Y había en su voz tal acento de seguridad y de rabia contenida, que Giovanna tuvo miedo. Aquel hombre que tenía delante no era el correcto "gentleman" que ella había conocido: era otro hombre nuevo. Así debía ser su otro yo, aquel yo desconocido para ella, que debía salir a la superficie durante sus exploraciones en las selvas de Afri-

ca, cuando afrontaba el peligro y tenía que buscar el triunfo en la decisión y la audacia.

Y, a decir verdad, no le desagradó el descubrimiento.

Con voz más humilde que la que hasta entonces había empleado, trató de calmar a su marido:

—No hables así, te lo ruego... Barotti no fué nunca para mí más que un camarada...

Lord Dryan se dejó caer en una butaca y escondió la cara entre las manos. Luego dijo reconcentradamente:

—¿Quisiera saberlo!... ¿Daría la mitad de la vida que me queda por saberlo!

Ella se le acercó, se inclinó sobre él y le pasó un brazo por el hombro:

—Olvida el pasado, Alberto... olvidalo todo... excepto que yo te amo...

Y le abrazó mimosamente, envolviéndole en la cálida oleada de sus caricias. El "gentleman" ya no pudo resistir. Allá, en los bosques africanos, luchaba con las fieras hasta vencerlas; pero con una mujer, con la mujer amada, se daba por vencido sin luchar.

La besó y la dijo:

—No sufrirás por más tiempo. Volveremos a Venecia... a tu Venecia.

## IX

Y lord Dryan cumplió su palabra.

El tiempo necesario de preparar el equipaje para una larga temporada, y atrás quedó Londres con sus nieblas, sus lluvias y sus fríos, mientras que el tren avanzaba rápidamente en busca de las tierras soleadas de Italia.

¡Venecia, al fin!

Para Giovanna, un grito de alegría. Para lord Dryan, un gesto de inquietud.

Así era, en efecto. El caballero inglés se había sacrificado por su esposa, pagando así, en buena moneda, el sacrificio que ella había hecho al casarse con él. Como lo había dicho en un instante de brutal sinceridad, odiaba a Venecia. Para él, Londres no era un tormento como para Giovanna; amaba su ruido, su vida vertiginosa, hasta sus nieblas y sus lluvias. Amaba su "home" comfortable, de la que había soñado hacer nido de su amor.

Venecia, en cambio, ¿qué le ofrecía? Sol, luz... Sol y luz que él había "gustado" hasta la saciedad en sus correrías por el interior de Africa. Y a cambio de esos dos bienes que él no estimaba en su justo valor, le atormentaba sembrando en su alma el dolor de los celos.

No eran celos de Barotti solamente, no. Eran de todo y de todos. De los admiradores de antaño, del ambiente de la ciudad mágica, del aire que respiraba... ¡de todo! El tenía la intuición de que Venecia le robaba el amor de su esposa, repartiendo su atención en mil pequeñas cosas que a ella le interesaban.

En Londres habría sido suya, completamente suya. En Venecia era suya; pero era también un poco de todas aquellas dulces tentaciones que la rodeaban.

A decir verdad, no andaba muy desencaminado el explorador.

Venecia había transformado a su esposa. Se había quitado aquel aire de tedio que en Londres, sobre todo en los últimos tiempos, la acompañaba a todas partes, y la alegría resplandecía en su rostro, pregonando el placer de vivir.

Volvía a ser la Giovanna Etti de antes, con la única diferencia de que no actuaba en la Opera. En todas partes halagada, en todas partes homenajeadas. Más codiciable aún, por cuanto ahora no se prodigaba en el escenario, y para sus admiradores su alejamiento de las tablas era un incentivo más.

Había alquilado lord Dryan un suntuoso palacio cuyos balcones daban sobre uno de los canales de Venecia. Y a su puerta, como meses atrás al "hall" del hotel, acudían los incondicionales de la "prima donna", haciendo caso omiso de la figura del marido, para tener el honor de acompañarla a hacer sus compras o, simplemente, de escuchar una palabra cualquiera de sus labios.



Ella no podía evitarlo. A pesar de su retiro, de su alejamiento del teatro, estaban aún sus éxitos demasiado recientes para que pudiese ser olvidada. Y lord Dryan, con harto dolor de su corazón, desempeñaba resignadamente el papel del "marido de Giovanna Etti".

Luigi Barotti seguía actuando en la Opera. Su nombre, libre ya de la sombra que sobre él proyectaba en otro tiempo el nombre de Giovanna, lucía ahora con letras kilométricas en los carteles callejeros, y hasta, para mayor claridad, debajo del nombre aparecía el retrato del tenor, de cuerpo entero y en tamaño casi natural.

No era posible dar un paso por Venecia sin tropezarse con el cartel de Barotti, pero al pasar ante él diríase que lord Dryan y su esposa se quedaban completamente ciegos, pues ninguno de los dos se dignaba hacer la menor alusión sobre el tenor.

Aquella situación no podía prolongarse. Pecaba de falsa, de insincera y, sobre todo, era contraproducente, puesto que llevaba el pensamiento de los esposos al mismo punto del que huían: a Barotti.

Por eso, comprendiéndolo así, un día lord Dryan dijo a su esposa:

—¿Quieres que vayamos esta noche a la Opera?

Ella le miró, tratando de adivinar su pensamiento, y respondió con serenidad:

—¿Por qué no? Yo estoy dispuesta siempre.

Y fueron.

Tomaron un palco, cerca del proscenio, y desde allí asistieron a la representación, mientras que el público, ale-

jando su atención de lo que sucedía en el escenario, la fijaba sobre aquel palco, satisfecho de ver al fin allí, en su propio marco, a su cantante favorita.

¿Sería aquello el prólogo de una nueva actuación de la diva?

Luigi Barotti fué de los que primero advirtieron la presencia de la "prima donna", y en un entreacto les mandó una tarjeta rogándoles que le esperasen a la salida, pues tenía un gran interés en saludarles.

No podía evadirse sin caer en una incorrección imperdonable, y al terminar la representación, lord Dryan de pésimo humor y Giovanna encantada de verse de nuevo en aquel sitio que tantos recuerdos despertaba en ella, pasaron al escenario y esperaron a que el tenor terminase de vestirse.

Unos minutos después, Barotti, de frac, salía al encuentro de ellos, saludándolos con un entusiasmo demasiado cálido para que fuese sincero. La frialdad con que le acogió lord Dryan le desconcertó un poco; pero se repuso en seguida, y, prescindiendo del caballero, se dedicó a conversar con Giovanna, fingiendo grandes extremos de alegría.

—Pero, cuéntame, mujer... ¿cómo es que has vuelto a Venecia? Yo te hacía aún en Londres, hecha toda una señora casada, pensando solamente en tu hogar y en tu marido...

Había en las palabras del tenor una ironía mordaz, que lord Dryan recogió al punto y que Giovanna fingió no advertir.

—Sentía grandes deseos de volver a ver el cielo de Venecia—contestó.

—¿Y, naturalmente, mi marido se apresuró a complacerle?

—Naturalmente.

—¡No hay nada como tener un marido millonario... y complaciente, querida!

Y, volviéndose al caballero, que con la contera de su bastón trazaba en el suelo imaginarios arabescos, le dijo jovialmente:

—¡Ande usted con cuidado, milord! El cielo de Venecia tiene el poder de trastornar las lindas cabecitas de las mujeres.

—¡Gracias por el aviso, señor!

Salieron.

En la escalinata principal, por la que descendían aún algunos rezagados, había vendedores de periódicos, vendedoras de flores... Una de éstas, una belleza ya marchita, como las flores que expendía, ofrecía su mercancía insistentemente, acosando a los caballeros, colocándoles ella misma una flor en el ojal.

De pronto irrumpió la escalinata un tipo canallesco, el cual, con una navaja abierta en la diestra, se precipitó sobre la mujer, tratando de hierirla, cosa que hubiera logrado de no habérselo impedido el público que en aquellos momentos salía de la Opera. Y el rufián fué entregado a la policía.

Había sido todo tan rápido, que lord Dryan, que bajaba un poco detrás de Giovanna y Luigi, no advirtió más que

el movimiento brusco del público al precipitarse sobre el hombre.

—¿Qué ha sucedido?—le preguntó a Luigi.

—Nada importante—respondió éste—; un marido celoso... El mundo está lleno de ellos.

Era tan clara la alusión, que lord Dryan sintió tentaciones de abofetear allí mismo al tenacillo. Le contuvo el miedo de parecerse a aquel rufián que los policías se llevaban, y, dominándose, volvió a preguntar:

—¿Sorprendió a su mujer con otro?

—O se lo figuró... En lo que se diferencian los maridos celosos de los demás mortales, es en que lo ven todo doble.

Y, como para poner fin a un tema que no merecía su atención, añadió:

—Incidentes de esta clase son cosa corriente... en Venecia.

En aquel momento se les reunió Carlo Domini, que ya les había saludado en la sala, y lord Dryan se alegró íntimamente, pues supuso que él se llevaría a Luigi, ahorrándole la molestia de su presencia.

Pero se equivocaba, Giovanna, que en aquel ambiente, entre sus antiguos amigos, se sentía dichosa, no había renarado en el estado de ánimo de su marido y deseaba prolongar aquellos instantes que traían a su memoria el recuerdo de sus días triunfales.

Una góndola les esperaba al pie de la escalinata.

Lord Dryan, queriendo poner fin a la entrevista, tendió la mano a Domini, que se la estrechó con efusión meridio-

nal. Mas en aquel instante la voz de Giovanna llegó a sus oídos. Se dirigía a Domini y a Barotti y les decía:

—Celebro mucho verles de nuevo... ¿No quieren ustedes venir a casa y contarme todo lo que ha sucedido durante mi ausencia?

—Yo siento mucho declinar la invitación, Giovanna —respondió Domini—: pero tengo una cita inaplazable...

Y guiñó el ojo picarescamente a la cantante, dándola a entender que aquella cita misteriosa era con una dama.

Luigi dijo a su vez:

—Yo, en cambio, acepto encantado...

Y fingiendo no ver el gesto de disgusto de lord Dryan, tendió la mano a Giovanna para ayudarla a entrar en la góndola.

Se sentaron los tres en la frágil embarcación. Dryan a un lado, Giovanna en el medio, Luigi al otro lado.

El explorador pensaba con amargura:

“He aquí el trío, el eterno trío que ha inspirado tantas novelas picarescas y tantos estúpidos “vaudevilles”...

Barotti se volvió al gondolero y le dijo:

—Dáenos un pasco por los canales.

—¡Obedezco, “signor”!

Y la góndola se deslizó sobre el agua verdosa.

Callaban los tres. Sólo se oía el ruido isócrono del remo hundiéndose en el agua. Iban quedando atrás palacios ostentosos, casas modestas, algún huerto que lanzaba por encima de sus tapias la pompa verde de las hojas de sus árboles, las flores encendidas de sus rosales.

Barotti se volvió al gondolero y le dijo imperiosamente:



—; Por San Juan Degollado al Canal Grande!

—; Criado suya, "signor"...

Y mientras la proa se dirigía hacia el río de San Giacomo dall'Orio, lord Dryan evocaba aquel otro paseo por los canales, que, en una noche de luna, cuando en el ambiente había aromas de azahares, él había realizado con Giovanna. Pero entonces eran los dos solos los que iban en la góndola y el amor los envolvía en una onda cálida y voluptuosa. Mientras que ahora...

Sin volver la cabeza, lord Dryan miró de reojo a sus dos acompañantes. Luigi, dueño de sí mismo, en posesión de todo su aplomo y de toda su audacia, hablaba al oído de Giovanna. Ella, al parecer, le escuchaba complacida. ¿Qué la diría? ¿Por qué las palabras de aquel hombre despertaban la sonrisa en los labios de la diva?

Lord Dryan quiso pensar que quizá Luigi le estuviese contando chismes de entre bastidores, escenas divertidas en las que ella había tomado parte en otro tiempo. Pero desechó tal pensamiento cuando vió que el tenor alargaba su mano derecha, con disimulo, hasta apoderarse de una de las de Giovanna. Por fortuna para el "gentleman"... y también para Barotti, ella retiró bruscamente su mano y se puso repentinamente seria.

Pero, se preguntaba lord Dryan, ¿por qué había hecho aquel ademán rápido? ¿Por qué había sorprendido su mirada o porque, en efecto, le repugnaban las libertades de su ex compañero?

La góndola navegaba por el Canal Grande, y el gondolero se puso a cantar:

“Se lassate pasar  
La bella e fresca età  
Un giorno i ve dirà  
Vechia maura;  
E bramaré, ma ivan  
Quel che ghaveri in man  
Co avé lassá scampar  
La congiuntura...”

Lord Dryan se volvió bruscamente hacia él y le gritó:

—¡Calla!

Pensando en la buena propina, el gondolero se inclinó humildemente:

—Criado suyo, “signor”...

## X

—¿Sube usted?

—¿Por qué no?

El que había hecho la pregunta era lord Dryan. El que había dado la respuesta era Luigi Barotti.

La góndola se había detenido ante la escalinata del palacio del caballero inglés. Agilísima, había saltado de ella Giovanna, seguida de cerca por Luigi, y detrás, muy reposadamente, muy dignamente, lord Dryan.

Desde lo alto de la escalera, el tenor se volvió al gondolero:

—¡Espera!... Tienes que llevarme luego a casa.

Una vez arriba, en la vasta sala, Luigi Barotti empezó a encontrarse un poco a disgusto. Estaba aquella sala decorada con un gusto noble y severo. Algo muy distinto de lo que él estaba habituado a frecuentar; algo que, a pesar suyo, le imponía, despertando en él ese respeto que la gente del pueblo siente ante la verdadera aristocracia. Y

él, aunque hiciese lo posible por olvidarlo, pertenecía a las capas más humildes del pueblo y la sangre mandaba en él en los momentos graves de su vida.

Además, había otra cosa que al tenor le imponía doblemente... aquella sala, por su severidad, por sus muebles cómodos y confortables, obligaba a buscar en los testers el complemento de una buena biblioteca. Y, en efecto, no faltaba allí una gran vitrina; sólo que en vez de libros, cerraba armas: escopetas, pistolas, revólveres, floretes, espadas... Un verdadero museo. Muy interesante, sí, pero nada tranquilizador... para el visitante.

Barotti, sin embargo, supo sobreponerse a su miedo. No en balde, sus años de escena le habían enseñado a dominar situaciones difíciles.

Al cabo de unos minutos había recobrado todo su aplomo, y, como antes, en la góndola, desdeñando la conversación con lord Dryan, se dedicó a flirtear con Giovanna, como para demostrarle al marido que si allí había un galán capaz de enamorar a las mujeres, era él, el tenor aclamado por todos los públicos, y no el adusto cazador de leones.

Pero Giovanna, satisfecha su curiosidad por los asuntos menudos de entre bastidores, no sentía el menor interés por seguir escuchando las necedades de aquel pavo real hinchado de vanidad, y despidiéndose friamente del tenor, se retiró a sus habitaciones.

Unos segundos después llegó hasta los oídos de los dos hombres el sonido del piano, que la cantante tocaba arriba.

Lord Dryan se levantó pausadamente, se acercó a un armario que en la sala había, y de él sacó una botella y dos copas. Bebieron sin hablarse. Después, el explorador, tomando por el brazo a Barotti, lo llevó hasta la vitrina de las armas, la abrió y le enseñó con orgullo su colección.

—Vea usted—le decía, mostrándole, una por una, las armas allí almacenadas—, con esta escopeta maté varios hipopótamos en el lago Tanganika... esta otra me sirvió para defenderme de un león, al que mi compañero había errado el tiro... con esta pistola me impuse a los negros que intentaron sublevárseme cuando atravesamos el Congo belga...

—Muy curioso... muy curioso...—decía Barotti, mirando hacia la puerta, con evidentes deseos de hallarse a muchas leguas de allí.

—Con esta carabina hice frente a un grupo de elefantes en una selva virgen del Africa Central.

—Debe ser usted un gran cazador.

—Regular nada más... Lo que sí puedo decirle, es que donde pongo el ojo, pongo la bala.

“¡Diantre—pensó Barotti—, este hombre es más peligroso de lo que yo creía!”

Y se dispuso a poner fin a aquella situación tirante.

—Bueno, Dryan... usted me perdonará... pero, la verdad, nunca he sentido el menor interés por las armas.

—¿Cómo es posible? Nada puede haber tan interesante...



—Para usted, sí, lo reconozco... Yo nunca me he jactado de tener instintos sanguinarios.

—¡Yo tampoco!

—Pues cualquiera lo hubiera creído...

—No lo tome usted así, Barotti... Yo le enseño mi colección de armas con la misma ilusión que usted me enseñaría su repertorio de arias.

—Como usted guste... Pero permítame que me retire.

—¿Tiene usted mucha prisa?

—Sí.

—¿Alguna cita amorosa?

—Tal vez...

—De todos modos, quiero enseñarle una carabina que tengo arriba.

—¿Por qué no lo deja usted para otro día?

—Es mejor ahora, puesto que ya estamos en ello.

Había tanta decisión, tanto poder de mando en estas palabras, que Barotti no se atrevió a replicar.

Lord Dryan hizo sonar un timbre y se presentó un criado:

—Tráigame usted la Winchester de precisión que tengo en mi cuarto.

Mientras el criado subía a cumplimentar la orden, el explorador se volvió al divo:

—¿Otra copita, Barotti?

—No, gracias... no bebo casi nunca.

El criado se presentó con la Winchester. Era una preciosa carabina que, para un hombre amante de las armas,

como lord Dryan, debía tener un valor considerable. La tomó de manos del sirviente y le dijo a éste:

—Puede usted retirarse.

Lord Dryan miró el arma, la acarició, se la enseñó al tenor y después se la apoyó en el hombro, apuntando a Barotti. Este, pálido como un muerto, temblaba; se le advertía que hacía esfuerzos titánicos para dominar su miedo, para no caer de rodillas, pidiendo gracia. Balhuceó apenas:

—¡No... no juegue con eso, Dryan! ¡No juegue con eso! Podría dispararse accidentalmente...

Lord Dryan bajó la carahina y, sonriendo, como pudiera sonreír Maquiavelo, repuso:

—No tema usted. Mis armas no se disparan nunca... accidentalmente.

Barotti respiró y se encaminó hacia la puerta. No se estrecharon las manos. Aquella conversación, dicha toda ella con palabras de doble sentido, había puesto al descubierto el juego de ambos y era inútil continuar el fingimiento.

Lord Dryan acompañó hasta la puerta a su "adversario", y ya allí, le dijo:

—Un consejo, Barotti... o una orden: No vuelva a esta casa nunca más.

El tenor se inclinó de un modo cínico, recobrando su serenidad a la vista del canal que se tendía ante él, como una invitación a la libertad.

—Seguiré el consejo... y cumpliré la orden, milord.

Y después, como no dándole importancia a sus palabras, añadió:

—¿Comparte su esposa sus hospitalarios sentimientos?

—¡Esa pregunta es una insolencia!

El Don Juan sonrió con petulancia. Luego, acercándose al explorador, le dijo confidencialmente:

—Lord Dryan... usted entenderá mucho de fieras y de armas, pero le falta bastante que aprender acerca de las mujeres.

Y calándose el sombrero de copa con su aire de capitán de los tercios flamencos, salió del palacio erguido y altanero, como dispuesto a conquistar un mundo.

## XI

Saltó Barotti a la góndola, diciendo en voz alta al gondolero:

—¡A casa!

Y mientras la embarcación se alejaba lentamente, lord Dryan cerró la puerta con un movimiento de ira y subió a las habitaciones de Giovanna, la cual, ignorante de lo que había sucedido en la entrevista de los dos hombres, seguía tocando el piano.

Cuando vió llegar a su marido, sin dejar de tocar, le preguntó sonriente:

—¿Se ha marchado ya Luigi?

—Sí.

—¿De qué habéis hablado tanto tiempo?

—Nada... de bagatelas.

Hubo una pausa. Los dedos finos de la "prima donna" seguían recorriendo el teclado. La voz de lord Dryan dominó la voz del piano:

—Giovanna...

Ella dejó de tocar.

—¿Qué?

—Le he recomendado a Barotti que no vuelva a poner los pies en esta casa.

—¿Era eso lo que descabas?

—Sí.

—Entonces has hecho bien, Alberto... aunque no era necesario.

—¿No sientes perder esa amistad?

—No.

Y Giovanna tendió sus labios a su marido. Cuando él la hubo besado, ella le dijo con cariño:

—Buenas noches, Alberto... Te prometo que nunca más volveré a ver a ese hombre.

Lord Dryan salió de la habitación y bajó a la sala donde había estado poco antes con Barotti. El criado se le acercó:

—¿Manda algo el señor?

—No, gracias: puede usted retirarse.

Y viendo que el sirviente iba a recoger la carabina que él había dejado apoyada contra una butaca, le dijo:

—Déjala. Yo la guardaré.

Mientras tanto, Luigi Barotti ponía en práctica un plan audaz que se le había ocurrido en el momento en que oyera a Giovanna tocar el piano en sus habitaciones.

Quería el tenor vengarse a toda costa del hombre que le había abrumado momentos antes con su indiscutible superioridad; quería castigar también el desdén con que Giovanna le había tratado toda la noche, en cuanto él se había alejado del terreno de la amistad para entrar en el de las insinuaciones amorosas. ¡Desdeñarle a él, al gran



tenor, al divo eminente por quien suspiraban todas las mujeres de Venecia!... ¡Pronto sabría ella quién era Luigi Barotti y conocería hasta dónde podía llegar su audacia!

Cierto que él nada había intentado cuando Giovanna abandonó el teatro para casarse con Dryan. Pero era que entonces esperaba que la "prima donna" se cansaría pronto de su matrimonio y, atraída de nuevo por el espejuelo del teatro, volvería a ser su compañera en las tablas... y quizá en la vida.

Cuando supo que había llegado a Venecia, creyó ver confirmadas sus esperanzas. Le desconcertó un poco el ver que pasaban los días y ella no daba un paso por entrevistarse con él; pero otra vez se creyó dueño del éxito cuando la vió en la Ópera, aplaudiéndole.

Entonces ya no dudó ni por un momento que la cantante volvería a su lado. Y luego, en la góndola, y después, en la casa, el desdén, la frialdad de ella, fueron estiletes que hirieron su vanidad a flor de piel.

Por eso, al salir de la mansión de lord Dryan, gritó al gondolero:

—¡A casa!

Y por eso, cuando se hubieron alejado algunos metros de la casa, el tenor hizo parar la góndola y le preguntó a su servidor:

—¿Tú sabes si esa casa donde he estado tiene alguna otra entrada que la puerta principal?

—Tiene otra, "signor", la de la servidumbre.

—¿Y dónde está?

—En la parte trasera de la casa.

—Pues llévame allí... y pronto.

El gondolero obedeció, y un poco después Luigi saltaba de la góndola a la puerta trasera del palacio de lord Dryan.

Una mujer había visto su maniobra. Era Matilde, la doncella de Giovanna, la misma que tantas veces la había vestido para salir a escena y la que la diva había conservado a su lado al alejarse del teatro. Bajó a abrir la puerta al tenor, y éste, poniendo en sus manos unas monedas, le dijo sigilosamente:

—Vas a hacerme un gran favor, Matilde...

—Ya adivino lo que es.

—Que me dejes ver a tu ama.

—Pero me pide usted un imposible.

—Nada hay imposible cuando se pone el oro por delante.

Y Barotti vertió en las manos de Matilde nuevas monedas. La doncella, vencidos sus últimos escrúpulos, le dijo:

—Pero, ¿y si se entera el señor?

—¿Ahora estará acostado ya, verdad?

—Eso creo...

—¿Está cerca su habitación de la de Giovanna?

—No. Están lo bastante separadas para que no se oiga en una lo que se habla en la otra.

—Entonces guíame a las habitaciones de tu ama.

—Pero, ¿y yo? ¿Cuando la señora sepa, me despedirá!

—No lo sabrá nunca... Yo no le diré que tú me has enseñado el camino.

—Pero...

—No hables más, y haz lo que te digo.

Un segundo después Luigi Barotti estaba en la habitación de Giovanna. Ella se había levantado del taburete del piano y se disponía a pasar a su alcoba. De pronto vió al tenor, y apenas tuvo fuerzas para decir:

—¡Tú!...

El la impuso silencio con un ademán imperioso, y se acercó a ella, Giovanna, sin querer dar aún crédito a sus ojos, le preguntaba con una voz que era un susurro:

—¿Cómo te has atrevido a entrar aquí?...

—¡Porque te amo!

—¡No, no, vete!... ¿Te has vuelto loco?

—Sí... loco por ti...

Y el tenor estrechó a la "prima donna" entre sus brazos, a pesar de la resistencia de ella. Forcejeaba Giovanna por desasirse, pero Luigi era fuerte y sus esfuerzos sólo conseguían gastar más pronto sus energías...

En aquel momento la puerta se abrió bruscamente, y en el vano apareció la figura de lord Dryan. Llevaba en sus manos la carabina de precisión que había querido guardar por sí mismo, lejos de adivinar que tan pronto debía necesitarla.

Verlo el galán y salir de allí a toda prisa, sin cuidarse para nada de la situación en que dejaba a la mujer que había comprometido, fué obra de un instante. Ante él se abría el balcón, que recogía la tibieza de la noche otoñal, y abajo el agua verdosa del canal, donde el gondolero esperaba.

En un instante midió Luigi Barotti con la vista la dis-

tancia que le separaba del halcón, y corrió hacia él. Ya era tiempo. Lord Dryan se echaba la carabina a la cara y disparaba hacia la oscuridad del exterior. Se oyó caer al agua un objeto pesado. Era simplemente una de las maderas del halcón, que Barotti había derribado en su fuga.

Un instante después, el tenor, deslizándose por la columna que sostenía el balcón, saltaba a la góndola, que esperaba a sus pies, y le gritaba al remero:

—¡A escape! ¡Lejos de aquí!

La embarcación se alejó sin ruido y se perdió en la noche.

Mientras esta escena se desarrollaba, lord Dryan se volvió a su esposa, que, de hinojos en el suelo, vencida por la emoción, sentía que las fuerzas la abandonaban, y le dijo con ira reconcentrada:

—¡No te creía tan vil!

Ella quiso hablar, referirle todo, hacerle ver a su marido que no era culpable, pero la voz, desobediente a su voluntad, no salía de su garganta. Sólo tuvo fuerzas para replegarse en sí misma, temerosa, dominada por el instinto de conservación. Al verla así, tan vencida, tan humillada, lord Dryan sintió que su cólera se trocaba en desprecio.

—No temas... Ni siquiera mereces que te mate.

Y, volviéndole la espalda, dió un paso hacia la puerta. Ella, entonces, reaccionó. Se levantó, con un poderoso esfuerzo de su voluntad, y corrió hacia su marido, anhelante, tendiéndole los brazos:

—¡No, no... estás obcecado, Alberto!... Déjame explicarte... él entró y...

La rechazó brutalmente el caballero:

—¡Ninguna explicación necesito después de haberte visto en sus brazos!

—Pero es que no fui yo, Alberto...

—¡Basta! ¡No quiero oírte!

—¡Por lo que más quieras, no me trates así!... Escúchame primero y júzgame después...

—Es inútil. No daría crédito a tus palabras.

—¿Entonces me condenas sin escucharme?

—¡Sí! ¡Me basta con lo que he visto!

Y viendo que ella lloraba, desesperada, añadió:

—Para mí has muerto... Nada más tengo que decirte.

Se acercó a la puerta. Giovanna aún encontró fuerzas para decirle:

—Cometes una injusticia, Alberto, una enorme injusticia... Quizá algún día puedas ver claro y te arrepientas entonces.

El se volvió, y, fríamente, le escupió:

—¡Sal de mi casa! ¡Nada quiero volver a saber de ti!

Unos momentos después, Giovanna Etti abandonaba, con la muerte en el alma, aquel palacio amable, donde había conocido dulces horas de felicidad.





- ¿Cómo te has divertido ahora aquí? - Te han vuelto loco?



- ¡Fui de mí cosa! ¿Vede quien vió a este dé?!



- ¿Tu amigo, para hacer justicia, arrastrar por el fango el nombre de una mujer?



« ¿Pero, al mentir ante los tribunales... mentir, se lo juro! »



- En la guerra estaba Giovanna, con el revólver sin humante...

## XII

Mientras tanto, la doncella de Giovanna y toda la servidumbre de la casa, al oír la detonación del disparo y, poco después, el ruido de un cuerpo pesado que caía al agua, tuvieron la certidumbre de que se había cometido un crimen, y procurando ellos ponerse a salvo ante todo, denunciaron el hecho a la policía.

Aun estaba lord Dryan con la carabina entre sus manos, triste y pensativo, cuando un policía se presentó ante él, y saludándole ceremoniosamente, le dijo:

—Perdón, señor... ¿Puede usted explicarme lo que ha sucedido aquí?

—Nada que a usted pueda interesarle — respondió secamente lord Dryan.

—Sin embargo, señor, en esta casa se ha hecho un disparo y se ha visto caer un cuerpo desde el balcón.

—¿Está usted seguro?

—Yo, no... Un gondolero que ha presentado la denuncia al mismo tiempo que sus criados, asegura haberle visto caer.

—¡El gondolero del miserable! — dijo entre dientes lord Dryan.



—¿Fue usted quien hizo el disparo? — le preguntó el policía.

—Sí.

—Bien. No puedo aún hacer contra usted una acusación concreta. Mis hombres están ahora inspeccionando el canal, bajo el balcón, para ver si dan con el cadáver.

Saludó el policía y se dirigió a la puerta trasera de la casa, la misma por donde Luigi Barotti había entrado clandestinamente. Allí, unos hombres, en góndolas, provistos de antorchas y linternas, sondeaban el canal utilizando unas largas pértigas. Entre ellos estaba el gondolero que había llevado hasta allí al tenor. El policía que acababa de dejar a lord Dryan, se acercó a él:

—¿Está usted bien seguro de que lo que vió caer al agua era una persona?

—¿Y qué iba a ser sino "signor"? ¿Un gato... un perro... un caballo?

—Conteste usted concretamente.

—Contesto como sé, "signor".

—¿Usted vió caer desde el balcón a una persona, al mismo tiempo que oyó el disparo?

—Verlo como verlo... No. A decir verdad, no. La noche era antes tan oscura como ahora, y, véalo usted mismo, no es fácil distinguir exactamente lo que cae desde un balcón.

—¿Entonces por qué aseguró usted que una persona había caído al canal?

—¿Pero quién iba a ser, "signor"?... Se oye un disparo, se ve huir a un hombre... No estaría solo ese hombre,

¿verdad?... Habría una mujer a su lado... ¿Y dónde está la mujer?... ¿No hay que suponer que es ella la que ha caído desde el balcón, herida por el disparo?

—Quizá sea esa la verdad — respondió el policía —, acercándose a los hombres que introducían sus largas pértigas en el canal, les preguntó:

—¿No se encuentra nada?

—Nada, por ahora... Y lo peor es que, si el cuerpo ha caído entre las hierbas del fondo, nunca se encontrará.

—Es verdad...

En aquel momento, uno de los hombres, con el júbilo de un pescador, sacó al extremo de su pértiga un largo paño blanco. Era el chal que Giovanna Ettí llevaba poco antes, y que, al asomarse al balcón, segundos antes de la entrada de Barotti, había dejado allí.

Tal descubrimiento acentuó la probabilidad de un crimen, y el policía con aquella "prueba del delito" en la mano, subió otra vez a la casa, ordenando, como primera disposición, que se agrupasen ante él todos los criados de la casa. Cuando le hubieron obedecido, les mostró el lienzo blanco y les preguntó:

—¿Reconocen ustedes este chal?

La doncella adelantó un paso:

—¡Ya lo creo! Es de mi señora... de lady Giovanna...

Nada sabía ella de la súbita salida de su ama; así que, sin vacilar, señalando a lord Dryan, que se paseaba por la sala, con las manos a la espalda, gritó:

—¡El señor la ha matado!

Lord Dryan cesó en sus paseos, se volvió hacia ella y la miró con desdén, encogiéndose de hombros.

El policía se le acercó y le dijo:

—Perdón, señor... pero no tengo más remedio que detenerle.

—Como usted guste... ¿Salimos ya?

—No; esperaremos aquí la llegada del juez.

Unos momentos después, el juzgado de instrucción estaba en la casa y practicaba las primeras diligencias. Naturalmente, lord Dryan fué sometido a un hábil interrogatorio, que él supo eludir encerrándose en un mutismo absoluto cuando las preguntas derivaban hacia el tema delicado de la fidelidad conyugal, y contestando con rotundas negativas cuando se le acusaba de haber dado muerte a Giovanna Etti.

Ya exasperado ante la insistencia del juez, hubo de replicarle airadamente:

—¡Les he dicho a ustedes, y se lo he repetido, que yo no hice el disparo sobre mi esposa!

—¿Entonces sobre quién lo hizo usted?

—¡Me niego a contestar!

—Le advierto a usted que con su silencio está agravando su situación.

—¡Peor para mí!

Y ya no fué posible sacarle más palabras. El juez, comprendiendo que perdía el tiempo insistiendo, se decidió a interrogar a la servidumbre. Nada nuevo pudieron decir los criados. Casi todos estaban acostados ya cuando les hizo saltar de la cama la detonación. Ninguno de ellos

había entrado en las habitaciones de Giovanna. Sólo sabían, por referencias de la doncella, que la señora había desaparecido.

Era la doncella la única que podía haber arrojado alguna luz sobre el tenebroso misterio; pero le convenía callar.

El juez se acercó a ella y le preguntó:

—¿Cuándo fué vista lady Dryan por última vez?

—Yo la vi un momento antes de retirarse a su dormitorio.

—¿No entró usted en su habitación?

—No, señor.

—¿No tenía usted la costumbre de ayudarla a desnudarse?

—Sí, señor; pero a veces me mandaba retirar.

—¿Y esta noche fué así?

—Sí, señor.

—¿Por qué razón?

—Porque ella no se iba a acostar en seguida.

—¿Qué pensaba hacer?

—No lo sé... Desde fuera la oí tocar el piano.

—¿Sucedio algo anormal antes del disparo?

—No, señor... nada.

El asunto se complicaba cada vez más. Y como todas las pruebas acusaban a lord Dryan, éste fué detenido y encarcelado.

### XIII

Mientras tanto, Giovanna Etti, desesperada, alocada, vencida por el dolor de la injusticia, deambulaba por las callejuelas de Venecia, sin saber qué hacer ni adónde ir. Había salido de su casa tan precipitadamente, que sobre su cuerpo brillaba aún la elegante "toilette" que luciera por la noche en la Opera, y en sus orejas, en su cuello y en sus manos parpadeaban las joyas al atravesar una zona de luz.

Durante minutos, que a ella le parecieron interminables, anduvo y anduvo. Y en tropel acudían a su mente los recuerdos de los acontecimientos de aquella noche. Estaba caída, caída para siempre. Su marido nunca la escucharía. La creería siempre culpable, engañado por las apariencias, que se conjuraban contra ella para condenarla. Y, con bruscos movimientos de cólera, se rebelaba a veces contra aquella injusticia que destruía su vida de golpe, cuando le parecía más bella y más amable. Pero de nuevo la dominaba una gran laxitud, y volvía a andar, a andar, más vencida que nunca.

Claro está que la vida aun podría tener encantos para ella... Se divorciaría, volvería a su arte, se imaginaría que



nunca había conocido a lord Dryan, que no había existido siquiera... Pero, ¡veía tan triste ante ella el camino del arte! ¡Recorrerlo de nuevo, en silencio, sin apoyarse en un amor, en una ilusión!... Quedaba, sí, la ilusión de la gloria. Pero después de su gran fracaso sentimental, ella no sentía ya esa ilusión, no se sentía joven y fuerte, como cuando, en otro tiempo, había emprendido aquel camino. Era como si hubiese envejecido repentinamente y en el espacio de unos minutos la nieve de muchos años se hubiese acumulado en su corazón.

Volvió a andar, a andar... Ahora era la figura de Barroti la que se alzaba ante ella. ¡Cómo le odiaba! ¡El era el causante de todo... y si aún aquel daño que hacía tuviese el amor como justificante!... Pero, no; era un daño hecho fríamente, premeditadamente, con una sola intención, baja y ruin: la de la venganza.

¡Y su marido, tan noble, tan bueno, tan caballero, la había creído capaz de engañarle con aquel botarate!...

¿Qué hacer, qué hacer? ¿Adónde ir, si su vida estaba rota para siempre?

Instintivamente, su mirada se dirigió hacia el agua mansa del canal. Y pensó que allí estaba la paz... ¡Descansar bajo aquellas aguas quietas, envuelta, como en un sudario, en las hierbas del fondo!... En aquellas aguas ella había saboreado muchas veces el placer de soñar, el placer de amar. ¿Qué mejor tumba podía elegir? Cuando durmiese allá abajo, otras góndolas se deslizarian sobre ella, sin ruido; en ellas tal vez pascarian su dicha unos enamorados, con las manos juntas, con los ojos fijos en las aguas

muertas, donde quizá se reflejaría la luna. Y la canción del gondolero, henchida de nostalgias, pasaría sobre ellos, uniendo aún más sus almas...

Se acercó al borde del canal. Contempló su figura, reflejada confusamente en el agua, como si desde el fondo la llamase su otro yo. Quiso dar un paso más... el paso decisivo, el que pondría fin a su tormento, pero no pudo. Las fuerzas le faltaron y cayó sobre la acera, perdido el conocimiento...

En las callejas evocadoras seguía el silencio, la soledad.

¿Cuánto tiempo estuvo así, tendida en la acera, Giovanna Eti? ¿Horas? ¿Días?

Cuando abrió los ojos se encontró en un lecho ni muy blando ni muy amplio ni muy limpio.. En una habitación, más que modesta, pobre. Y a ambos lados de la cama, esperando su despertar, un hombre y una mujer.

Pero Giovanna no advirtió nada de esto. Había vuelto a la vida, es verdad, pero sólo a medias. Su memoria estaba como perdida en una atmósfera cargada de brumas, y sus movimientos no obedecían al mandato de su voluntad. Vivía, pero en ese estado de vigilia que, sin llegar a ser el sueño absoluto, se le parece extraordinariamente.

¿Cómo se encontraba allí?

Cuando cayó en la acera, a la orilla del canal, la rodeaban el silencio y la soledad. Pero ese silencio y esa soledad fueron turbados por el ruido de unos pasos lejanos, que poco a poco fueron aproximándose. Y de las sombras de la noche surgieron un hombre y una mujer; los mismos

que, al volver ella a la vida, se hallaban al lado de su lecho.

Eran: ella, Leticia Andrinetti, una de esas pobres flores de trapo del arroyo; él, "Piccolo", un rufián injerto en ladrón, que era, desde hacía unos días, el amigo de Leticia.

El cuerpo blanco, el vestido blanco de Giovanna Ettí, se destacaban en la noche, y la pareja se acercó a la mujer yacente. Leticia, interesada vivamente por aquella dama, cuya situación parecía pregonar una historia de amor, se inclinó sobre ella y se volvió a su amante, después de contemplarla un rato:

—¿Quién podrá ser?

—¿Cualquiera lo sabe!... Pero, a juzgar por su vestido y por sus joyas, una mujer de buena casa.

—Pero ¿qué hará aquí? ¿La habrán atracado?

—No lo creo... A menos que fuesen ciegos los atracadores...

—¿Por qué?

—Porque no creo capaz a ningún pájaro "de vista" de desdeñar estos pendientes, y este collar, y estas sortijas...

Y al hablar así, "Piccolo", sin poder ocultar su codicia, tocaba con suavidad las joyas de la dama, como si quisiera convencerse al tacto de que eran de buena ley.

Leticia se incorporó y miró a la cara a su galán.

—¿Qué hacemos?

—¡Ah!, tú dirás...

—No vamos a dejarla aquí abandonada.

—Pero llevarla a nuestra casa es un serio compromiso.

—Sin embargo, yo no tengo valor para dejarla aquí.

—Llevémosla. De todos modos, sus alhajas y su vestido no son de despreciar.

—Yr ¡quién sabe, "Piccolo"! Tal vez se haya escapado de alguno de esos palacios del Canal Grande, y luego nos paguen bien por haberla salvado.

—¡Dios te oiga, Leticia!

—Y ¡quién sabe, "Piccolo"! Tal vez se haya escapado a Giovanna, y, aprovechando la soledad de aquella hora, la llevaron a casa de la pobre cortesana.

Y al lado de la cama, como queda referido, esperaron a que abriese los ojos. Cuando eso sucedió, Leticia, con mil extremos y zalemas se dirigió a la cantante, rogándole que le dijese quién era y qué hacía en el sitio donde por ellos había sido encontrada. Mas como la cantante, aunque abiertos los ojos, seguía sin dar señales de vida, Leticia renunció a seguirla interrogando.

"Piccolo" salió a la calle y compró un periódico. Y con lo que primero tropezó su vista fué con los siguientes titulares, que llenaban la cabecera del diario:

**"EL MISTERIOSO CRIMEN COMETIDO EN EL PALACIO DE LORD DRYAN. — ¿QUIEN ES EL CULPABLE? — ¿EXISTE EN REALIDAD EL CRIMEN? — LA POLICIA ORDENA, SIN EL MENOR RESULTADO, EL DRAGADO DE LOS CAÑALES. — LA EX ESTRELLA**



## DE OPERA GIOVANNA ETTI DESAPARECE, Y EL MISTERIO SIGUE RODEANDO SU DESAPARICION.—

Después de los titulares venía una historia minuciosa de los hechos acaecidos en el palacio de lord Dryan, aumentados por el microscopio de los reporteros, que no perdían ocasión de demostrar su olfato detectivesco con comentarios llenos de profunda sabiduría... a juicio de los mencionados reporteros. Acompañaban a la información varios retratos de Giovanna Etti, cuya vista dió a "Piccolo" la convicción de que la famosa ex cantante era la dama que estaba en casa de su amiga.

Con semejante descubrimiento, echó a correr en busca de Leticia, la cual después de leer minuciosamente la información periodística, contempló un buen rato a la enferma y le dijo a su amigo:

—Yo voy a dar parte a la policía... De lo contrario, ese pobre lord Dryan no lo pasará muy bien.

—¿Y a ti que te importa eso?

—¡Me importa que no se condene a un inocente!

—¡Bah! ¡Las mujeres sois todas unas sentimentales!

—Somos como debemos ser... Y yo no dejaré que condenen a lord Dryan, aunque tú no lo quieras.

—Pero, desgraciada, ¿te has vuelto loca? ¿No comprendes que entonces tendremos que despedirnos de las joyas y del vestido de esa señora?

—No me convences... ¡He dicho que iré, e iré por encima de todo!



#### XIV

La vista de la causa fué uno de los acontecimientos más sugestivos de Venecia. Se trataba de un drama pasional, que tenía el atractivo de haberse desarrollado en las altas esferas y el interés del misterio que rodeaba la figura de la protagonista. ¿Había muerto? ¿Había desaparecido?

Mucho antes de la hora señalada para la apertura de la audiencia, el público se apretaba contra las puertas, y la policía debía realizar esfuerzos heroicos para mantener el orden.

A aquella hora, lord Dryan se hallaba celebrando con su abogado la última entrevista antes de empezarse la vista de la causa. Trataba el defensor, poniendo a contribución su habilidad de leguleyo, de arrancarle la verdad, la verdad "verdadera", la que él sospechaba que el caballero guardaba para sí, celoso de su secreto, prefiriendo verse condenado injustamente a arrastrar por el fango el nombre de su esposa y la intimidad de la cámara conyugal. A todas sus preguntas, lord Dryan contestaba con el mismo estribillo:

—En mi casa no pasó absolutamente nada.

—Pero usted sabe que eso no es verdad, milord.

—¿Por qué no? Es la verdad que el público debe saber.

—Pero, comprenda usted, milord... si no me dice usted con toda sinceridad lo que ocurrió, ¿cómo quiere que yo pueda hacer una buena defensa?

—Hágala usted mala.

—¿Entonces, no hay manera de que nos entendamos?

—La *única* verdad es la que he dicho cien veces. ¡Yo no maté a mi esposa! Ella salió de mi casa por su propio pie y por su libre voluntad.

—Pero, entonces, ¿dónde está?

—No lo sé.

—Si vive, ¿por qué no se presenta a probar su inocencia de usted?

—Lo ignoro... Tal vez no se ha enterado de mi proceso.

—Eso es imposible. Desde hace días todos los periódicos comentan eso en primer lugar.

—Puede haberse marchado al extranjero.

—Tampoco eso es posible. Necesitaría documentos, el permiso de usted... Y aún en el caso de que lo hubiese conseguido, los periódicos del extranjero tienen aquí correspondientes, que les habrán mandado amplias noticias del proceso.

—No sé qué decirle... Quizá sea por venganza por lo que se encierra en el silencio.

—¿Por venganza?

—Sí... Yo le dije que no quería volver a verla...

Hubo una pausa, Lord Dyran, sentado en su celda, se mantenía frío, impassible. Ni un gesto, ni un músculo de su rostro se contraía delatando su emoción. Si sufría, soportaba estoicamente su sufrimiento, con la flemma británica de un verdadero "gentleman".

El abogado se paseaba con las manos a la espalda, preocupado e inquieto. Se advertía que tenía verdadero interés en salvar a aquel hombre; un poco por vanidad profesional, pues aquel proceso sería uno de los más sensacionales en que tomaría parte, y un mucho por un sentimiento de compasión hacia el hombre que de modo tan digno sabía sufrir y sacrificarse.

De pronto cesó en sus paseos y se detuvo ante lord Dyran:

—Hay otro medio de defensa...

—¿Cuál?

—Probar que su esposa le fué infiel.

—¡Gracias! ¡No quiero defenderme a mí mismo a costa del honor de mi esposa!

—¿Entonces confiese usted que lo que quiere, a toda costa, es que le condenen!

—No. Quiero solamente que se haga justicia siguiendo el único camino que yo concibo: el camino recto... Yo no maté a mi esposa. Por lo tanto, soy inocente.

Mientras tanto, otros hechos relacionados con el proceso de lord Dyran se desarrollaban en la casita de Leticia Andrinetti, la cortesana que había recogido y dado hospitalidad a Giovanna.

Seguía la enferma postrada en el lecho, en un esta-

do inconsciente, ingiriendo, de un modo maquinal, los escasos alimentos que la compasión de Leticia le administraba. Los días se habían deslizado para ella sin sentir, y aunque sus movimientos empezaban a obedecerla, su memoria se mantenía aún entre sombras.

La noche anterior al día señalado para la vista de la causa, Leticia, después de haber intentado una vez más despertar el aletargado espíritu de Giovanna, se había decidido a salir para dar parte a la policía. Su amigo, unas veces con buenas razones, otras empleando la superioridad de su fuerza, trató de convencerla de que lo que iba a hacer era una locura. Pero Leticia no le escuchó. Aunque humilde flor de trazo, manchada con todas las impurezas, tenía conciencia y corazón. Así es que todos los razonamientos de "Piccolo" se estrellaron contra su terquedad por salvar al caballero inglés, que, si ella no hablaba, sería condenado injustamente.

Viendo que nada podía obtener por la persuasión ni por la fuerza, el rufián, temeroso de perder las joyas de Giovanna Eni, que para él representaban una fortuna, pensó en la astucia para asegurarse el silencio de Leticia. Y así, cuando, la noche antes de la vista de la causa, ella, resuelta, le dijo:

—Voy a la Jefatura de Policía.

El se limitó a contemplar sus míseras ropas, que tan a las claras hablaban de su oficio vil, replicándole:

—¿Pero tú crees que, vestida de este modo, te escucharán siquiera?

—Pero si no tengo otro vestido...



—Es verdad...

El rufián pareció meditar un momento, y luego, como iluminado súbitamente por una idea, señaló la "toilette" de Giovanna, que se hallaba sobre una silla.

—Ponte ese vestido... Así creerán que eres una dama de calidad y te atenderán bien.

—Tienes razón... No se me había ocurrido.

Y Leticia procedió a sustituir sus andrajos por la "toilette" de la cantante. Cuando hubo terminado, "Piccolo" la contempló un buen rato, fingiendo gran entusiasmo.

—¡Estás superior! Lo que sí, que el vestido pide las joyas.

—Pues aquí las tengo guardadas —respondió Leticia, señalando un cajón de su pobre tocador.

—Póntelas entonces. Luego, cuando volvamos, las guardarás otra vez.

Obedeció la cortesana, evidentemente complacida de parecerse, aunque no fuese más que por breves momentos, a una "verdadera señora". Y la pareja salió de la casa.

Era la noche oscura, propicia al misterio y al crimen. En aquellas callejas donde se alzaba la casa de Leticia, la iluminación era escasa y la soledad absoluta. Pero aquello no podía arredrar a Leticia ni a su amigo, pues, como las aves nocturnas, ellos vivían en las tinieblas.

Cuando hubieron andado unos pasos, la cortesana le preguntó a su acompañante:

—¿Tú vas a venir?

El miró un momento a su alrededor, y, convencido de que la soledad era completa, respondió:



—No. A mí me conocen allí demasiado.

—Acompáñame al menos hasta la puerta.

—Vamos. Por eso no ha de quedar.

Echaron a andar de nuevo; ella, delante; él, detrás. Fué un relámpago. Una luz lejana hizo brillar un puñal en la mano de "Piccolo", y un segundo después, Leticia Andrinetti caía al suelo sin un grito, para no levantarse más. El rufián se inclinó sobre ella y le quitó las joyas; después empujó su cadáver hasta el borde de la acera, y el canal se lo tragó, tan en silencio como todo aquel drama rápido se había desarrollado.

## XV

La primera sesión del proceso.

Se abrieron las puertas de la sala, y el público, como una ola, penetró en ella, arrollando a los policías, a los ujieres, que en vano trataban de contener la avalancha.

Los jueces. Los jurados. Los escribanos. Los reporteros. Y, por último, el procesado.

Entró en una ignominiosa jaula de hierro, anticuada y absurda, que hacía pensar en la cámara del tormento y en el Consejo de los Diez, cuando los Doges eran los señores de Venecia.

Desde el primer instante, una corriente de simpatía acercó al público al acusado, y algunos labios femeninos, pintados de carmín, cuchichearon:

—Un tipo noble, ¿verdad?

—Sí, un verdadero señor... No me extraña que un hombre así mate a su mujer si le engaña.

El fiscal se levantó, y en medio del silencio expectante, lanzó su formidable acusación. Para él, lord Dryan había asesinado a su esposa. La causa: los celos, esa plaga de todos los tiempos, que tantas víctimas había ocasionado a la Humanidad. Celos infundados, desde luego, ya

que la vida ejemplar de Giovanna Etti no daba lugar a suponer en ella ligerezas ni liviandades. Por lo tanto, había un culpable: lord Dryan, a quien era preciso castigar con todo el rigor de la ley, pues así lo exigía la sociedad ultrajada.

Calló el fiscal, y un rumor de marea corrió por el público, mientras que el acusado contraía su boca en una mucca casi imperceptible, que podía ser rictus de amargura o sonrisa irónica.

Y el defensor se levantó a su vez. A última hora, y sin contar ya para nada con la voluntad de su defendido, pues ella era, al parecer, dejarse condenar en silencio, había tomado sus medidas para impedir que tal injusticia se cometiese. Así, pues, después de una breve peroración, en la que puso de manifiesto su criterio de que lord Dryan, si había matado, lo había hecho por defender su honor, que la conducta liviana de su esposa pretendía manchar, hizo llamar al primer testigo.

Era éste el propietario de un pequeño café cantante de Venecia, donde hacía algunos años que Giovanna había actuado, cuando la gloria no era aún para ella más que un sueño poco menos que irrealizable.

Ignorante de la presencia de tal testigo en la sala, lord Dryan no pudo contener un movimiento de cólera, que se trocó en ademán de desaliento, al darse cuenta de su impotencia.

El testigo juraba ya, y un momento después el defensor iniciaba su interrogatorio:

—¿Es cierto que Giovanna Etti empezó su carrera en su café de usted?

—Sí, señor.

—¿Es cierto que llevaba entonces una vida reproñable?

Iba a responder el testigo, pero se lo impidió la actitud del procesado, que, puesto en pie, con las manos crispadas en los hierros de su jaula, olvidaba su noble frialdad de "gentleman", gritaba al tribunal:

—¿Es esto correcto? ¿Es preciso, para hacer justicia, arrastrar por el fango el nombre de una mujer?

El presidente ordenó, imperioso:

—¡Silencio!

Pero lord Dryan, sin hacerle caso, sin atender tampoco a los requerimientos de los dos gendarmes que tenía a su lado y que le obligaban a sentarse, gritó aún:

—¡No quiero defensa ninguna! ¡Si no se me cree, que se me condene!

Comprendió, y, en su fuero interno, tal vez excusó el presidente su estado de ánimo, por cuanto, en vez de reprenderle agriamente, le dijo con tono, más que de juez, de amigo:

—Usted no tiene derecho a hablar, acusado. Estamos aquí para administrar justicia, y la administraremos, caiga el que caiga.

Y, volviéndose al defensor:

—Puede Su Señoría continuar el interrogatorio.

Se inclinó el abogado y volvió a interrogar al testigo:

—¿Es cierto que Giovanna Etti tenía ya en aquellos tiempos un renombre... no precisamente artístico?

Nuevo escándalo. Lord Dryan, otra vez puesto en pie, protestaba con todas sus fuerzas contra aquello que él calificaba de villanía. El público no era ya espectador ecuanime, sino que, dominado por la emoción del proceso, se había dividido en dos bandos; uno, que opinaba que el defensor tenía perfecto derecho a sacar a relucir los trapos sucios de Giovanna Etti; otro, que, de acuerdo con el procesado, creía que tales intimidades no debían salir a la luz pública.

El presidente, puesto en pie, agitaba la campanilla y procuraba por todos los medios humanos hacerse oír; el defensor gritaba también y enrojecía por el esfuerzo realizado.

Por fin, la voz del presidente dominó el tumulto:

—¡Si esto continúa un minuto más, haré desalojar la sala y el proceso continuará a puerta cerrada!

Aquella amenaza bastó para calmar instantáneamente el alboroto. Ninguno de los privilegiados que habían podido lograr asistir a aquel proceso sentía el menor deseo de perder tan interesante espectáculo, cuando apenas había empezado y tantas emociones prometía. Y el silencio volvió a hacerse tan profundo, que se oían las respiraciones de los concurrentes.

En medio de aquel silencio profundo, el defensor pronunció enérgicamente estas palabras:

—¡Que se me deje hablar! ¡Yo tengo que defender al acusado, aunque no lo quiera él mismo!



Lord Dryan fué amonestado severamente, se le hizo prometer que no volvería a provocar nuevas interrupciones, y con tales garantías de orden, se reanudó la vista.

Fueron desfilando testigos ante el abogado defensor. Unos, aseguraban que la vida de la cantante había sido siempre ejemplar; otros, creían que, como casi todas las artistas triunfadoras, tenía su historia galante. Y, con su habilidad de letrado, el defensor reducía las declaraciones de los primeros testigos y obligaba a los segundos, por medio de preguntas ingeniosas, a decir todo lo que sabían... y quizá algo más de lo que sabían.

Lord Dryan, vencido, aplanado, escondía la cabeza entre las manos, tapándose con ellas los oídos. No quería ver ni oír. Le repugnaba hasta la exasperación el ver así, expuesto a las miradas y a los comentarios de todos, el nombre de su esposa, de aquella mujer que él había amado, que amaba todavía... Era como si allí, en aquella sala, ante el mismo público, hubiesen desnudado a su Giovanna. Y sintió la rabia de la impotencia; una rabia parecida a la que debe sentir un león enjaulado cuando el público lo acosa como a un mono.

Un movimiento de curiosidad, difícilmente contenido, se inició en el público cuando el defensor dijo, dirigiéndose a los jurados:

—Para terminar de demostrar el carácter ligero de esa mujer, de esa Giovanna Etti a quien las gentes aclamaron por su arte y recriminaron por su conducta, voy a llamar al último testigo, Luigi Barotti... su amante.

Un murmullo de expectación acogió estas palabras, y

en medio de él, un ujier pronunció con voz clara el nombre del tenor.

Este adelantó, erguido, sonriente, triunfal. Veía fijas en él todas las miradas y se sentía hinchado de satisfacción y de vanidad, como cuando en el escenario atraía la atención del público con su voz pastosa y sus ademanes amanerados. Vestía correctamente de chaqué, y en su mano derecha llevaba el bastón y el sombrero de copa.

Se sentó como pudiera sentarse ante el fotógrafo y miró, sonriendo, primero al tribunal, después al público. Luego su mirada se dirigió hacia el preso y palideció ligeramente al tropezarse con la de él; una mirada dura y fría, en la que se leían el odio y el desprecio; en la que se leía la muerte. Pero contempló la jaula que servía de marco a la figura de lord Dryan, y al punto recobró su aplomo. No había nada que temer. La fiera estaba allí bien encerrada, y cuando saliese, sería para el presidio.

El defensor se acercó al testigo.

—¿La noche de autos estuvo usted con Giovanna Ettí, verdad?

—Sí, señor.

—¿En qué sitio?

—Primero en la Opera... Era la primera vez que la veía desde su regreso a Venecia... Después en su casa.

—¿Quién le invitó a ir a su casa, ella o su marido?

—Ella.

—¿Con su marido no tenía usted amistad?

—A decir verdad, nunca fué santo de mi devoción.

—¿No es cierto que esa noche lord Dryan encontró a su esposa en brazos de usted?

—¿Estoy obligado a responder a esa pregunta?

—Sí.

—Pues... es cierto.

—¿Dónde se desarrolló esa escena?

—En la alcoba de Giovanna.

—¿Fué ella quien le llevó a usted allí?

—Sí, señor.

El defensor esbozó una sonrisa. El fin que habís buscado estaba conseguido plenamente. Quedaba demostrada, sin ningún género de dudas, la infidelidad de Giovanna Ettí. El asunto marchaba bien. Para obtener la absolución del acusado, sólo era preciso que éste confesase haber matado a su esposa.

Quiso el defensor reforzar su defensa con una última declaración del testigo, y le preguntó:

—¿Qué clase de relaciones sostenía usted con lady Dryan?

Luigi Barotti miró a lord Dryan y sonrió con insolencia. Después, dirigiéndose al abogado, repuso:

—Espero que Su Señoría me dispensará de contestar a una pregunta tan embarazosa...

En su jaula, lord Dryan ahogó un rugido de rabia.

En aquel momento, un acontecimiento inesperado venía a favorecer los planes del defensor. Un inspector de policía se acercó al presidente y le habló al oído. Este se levantó, y dirigiéndose al tribunal en pleno, dijo:

—Señores, acaba de hacerse un descubrimiento de la

más alta importancia... Los detectives acaban de encontrar en los canales el cadáver de una mujer, cuyas señas parecen corresponder a las de lady Dryan.

Rodeado del estupor general, prosiguió:

—El vestido ha sido, desde luego, identificado como el de lady Dryan... pero las joyas han desaparecido.

Lord Dryan creyó ver claro. Giovanna, al salir de su guenza y se había quitado la vida. Y el caballero no pudo casa, arrojada por él, no había podido resistir a su ver-  
contener unas palabras de dolor y de remordimiento que se escaparon de su boca:

—¡Dios me perdone! ¡He matado a mi Giovanna!

Y el fiscal, al escuchar, al fin, la confesión que esperaba, se levantó airadamente.

—¡En nombre de la sociedad ultrajada, pido el máximo rigor para el criminal que acaba de confesar su delito!

Pero el defensor se levantó a su vez, satisfecho del giro que habían tomado las cosas.

—Señor Presidente —dijo—; el acusado no hizo más que defender su honor. Pido para él la absolución.

## XVI

La sesión se había levantado, y el público, desalojando la sala, se aglomeraba en los pasillos. Por allí tenía que pasar, en busca de la amplitud de la calle, Luigi Barotii, y su presencia fué acogida con inequívocas muestras de desagrado. La gente, libre de la opresión de la sala, necesitaba un ligero desahogo, y el tenor sufrió las consecuencias.

Fuó insultado, empujado, zarandeado por la ola humana. Cuando se vió a la puerta de la audiencia, respiró. El peligro había desaparecido y podía volver a lucir en sus labios su sonrisa triunfal.

Se había reanudado la sesión. El público, vuelto a la sala, escuchaba en pie la lectura del veredicto del jurado:

—Después de examinado detenidamente el caso, hemos llegado a un veredicto...

Hubo un movimiento de expectación. El lector prosiguió:

—No encontramos culpable al acusado. Un hombre tiene derecho a defender su honor como su vida.

Así terminó aquel proceso famoso, que, por espacio de muchos días, conmovió a todos los habitantes de Venecia.



Lord Dryan abandonó su jaula rodeado del entusiasmo del público, y hasta hubo muchachas que se decidieron a pedirle su autógrafo. ¡No todos los días se da el caso de un "getlemán" que, por celos, mata a su esposa!

Cuando lord Dryan se vió en la calle, como Borotti respiró. Pero aquel suspiro de satisfacción no era el de un hombre que acaba de escapar de un peligro, sino el de que al fin, ve llegado el momento de realizar un propósito largo tiempo concebido y madurado.

Mientras tanto, Giovanna Etti, en su lecho prestado, volvía lentamente a la vida, y el viento de la razón iba barriendo las nubes que envolvían su memoria. Se incorporó en la cama y, por primera vez, se sorprendió de verse en aquella habitación que desconcía, a pesar de que, durante muchos días, había contemplado sus paredes.

A los pies de la cama había un periódico. Era el mismo que "Piccolo", había llevado allí para que su amante se enterase de quién era la mujer que había recogido. Lo leyó Giovanna y vió que la vista debía celebrarse muy pronto. No sabía cuál era la fecha del día: ignoraba cuántos días llevaba en aquella habitación.

Se levantó, venciendo su debilidad con un esfuerzo poderoso, e intentó vestirse. Pero allí, por mucho que buscó, sólo encontró los pobres vestidos de la infortunada cortesana. Se vistió con ellos, sin comprender del todo aún, y, vacilante, salió a la calle.

Cuando llegó a la audiencia, no vió más que soledad y quietud. Por los largos pasillos no transitaba nadie. Nada indicaba que dentro del edificio se estuviese celebrando

la vista de una causa sensacional. Sólo unos ujieres, sentados en un banco, charlaban y fumaban. Uno de ellos la divisó, tan misera, tan caída, y le dijo:

—Aquí ya no hay nada que ver, muchacha. La causa ha terminado hace horas.

Giovanna, encorvada, andando con dificultad, se acercó al grupo de los ujieres y les preguntó:

—¿V., qué le han hecho a lord Dryan?

—Nada. Le han devuelto la libertad.

—¿Entonces averiguaron que no había matado a su esposa, verdad?

—Al contrario: averiguaron que la mató. Pero como Barotti se apresuró a decir que era el amante de la dama...

¡Otra vez Barotti, el infame! ¡Aquel hombre merecía morir, ser aplastado como una alimaña!

Salió del edificio, más erguida que cuando entró en él. En sus ojos brillaba la luz de una resolución.

A aquella hora, lord Dryan, en su palacio, examinaba con atención unas pistolas de duelo, las cargaba cuidadosamente y las guardaba en la caja. Después, cogiendo la caja y poniéndosela bajo el brazo, salía a la calle.

Unos minutos después llamaba a la puerta de Barotti. El mismo abrió, bien ajeno de recibir aquella visita, y cuando vió a lord Dryan ante él, retrocedió asustado. Pero se repuso pronto y sacó fuerzas de flaqueza para preguntarle:

—¿Con qué derecho entra usted en mi casa?

—¡Con más derecho que el que tenía usted cuando entró en la mía!

Avanzó hacia él, dejando la puerta abierta.

—Vengo a matarle — le dijo friamente —; de ese modo no tendrá usted que contestar “preguntas embarazosas”.

Barotti le miró a los ojos y en ellos vió, como antes en la audiencia, la resolución inquebrantable de matarle. Tuvo miedo. Estaba solo además, sin un público delante que aplaudiese su gesto de héroe, y no trató de fingir. Temblando como un azogado juntó las manos, en un ademán de súplica, sujetó por los brazos a lord Dryan, casi se arrodilló ante él, mientras decía con voz entrecortada:

—¡Pero si mentí ante los tribunales... mentí, se lo juro! ¡Todo lo que dije era mentira!

—¿Entonces, qué hacía usted en la habitación de mi esposa?

—Entré solamente tras una esperanza... Soborné a la doncella para que me dejase llegar hasta la alcoba.

—¡Canalla!

Lord Dryan colocó en la mesa la caja de las pistolas, la abrió, sacó una y se la ofreció a Barotti. Pero éste, muerto de miedo, en vez de cogerla, se arrodilló a sus pies, lloró, suplicó.

En aquel instante sonó una detonación, y Barotti cayó de brucea contra el suelo. Lord Dryan se volvió rápidamente. En la puerta estaba Giovanna, con el revólver aún humeante en sus manos. Corrió hacia ella:

—¡Giovanna!... ¡Tú... tú!... ¿Qué has hecho?

—Te lo dije, ¿recuerdas?— respondió la cantante—... te dije que algún día verías claro y te arrepentirías... Ahora ya sabes que es a ti a quien amo...

Y, arrimada contra la puerta, perdidas las fuerzas súbitamente, se dejó deslizar hasta quedar de hinojos en el suelo. Lord Dryan se arrodilló junto a ella la abrazó, la besó...

— ¡Perdóname, Giovanna!... ¡Cuánto me arrepiento de haber dudado de ti... Pero aún para nosotros puede valer a empezar la vida...

— Es tarde ya...

— ¡No, no es tarde!... Huiremos... hoy mismo... ahora mismo... Y allá lejos, en nuestra casa de Londres, hallaremos al fin la felicidad...

Giovanna se dejó acariciar... Por primera vez, desde hacía muchos días, lloraba... Pero sus lágrimas eran dulces, como su esperanza...

FIN

---

LA DIRECCIÓN ARTÍSTICA Y  
GRABADOS DE LAS PORTADAS A  
CARGO DE LA IMPORTANTE CASA

**BADAL Y CAMATS**  
PARÍS, 201 - TELÉFONO 74071  
**BARCELONA**



---

---

**= EDICIONES =**  
**BIBLIOTECA FILMS**

---

---

LA MAS AMENA = LA MAS SELECTA  
ARTISTICAS ILUSTRACIONES

**96 páginas de texto**

PORTADA A TODO COLOR

**EL ARCA DE NOE**      GEORGE O'BRIEN

**LA MUJER DISPUTADA**  
NORMA TALMADGE

**TRAFALGAR**      CORINNE GRIFFITH

**LA MÁSCARA DE HIERRO**  
DOUGLAS FAIRBANKS

**LAS MENTIRAS DE  
NINA PETROWNA**      BRIGITTE HELM

**EL LOCO CANTOR**      AL JOLSON

**LOS PECADOS DE  
LOS PADRES**      EMIL JANNINGS

PRECIO DEL LIBRO:  
**UNA PESETA**

---

---

Servimos además suscripciones y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

**Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona**



SEÑORITA !!



Esta será su lectura predilecta

SON LOS PRIMEROS TÍTULOS

## CORAZONES ORGULLOSOS

Novela sentimental y amorosa,  
llena de sublime sacrificio.

## ASTUCIAS DE AMOR

Novela de asunto simpático y de-  
mostración de lo que puede el  
ingenio femenino.

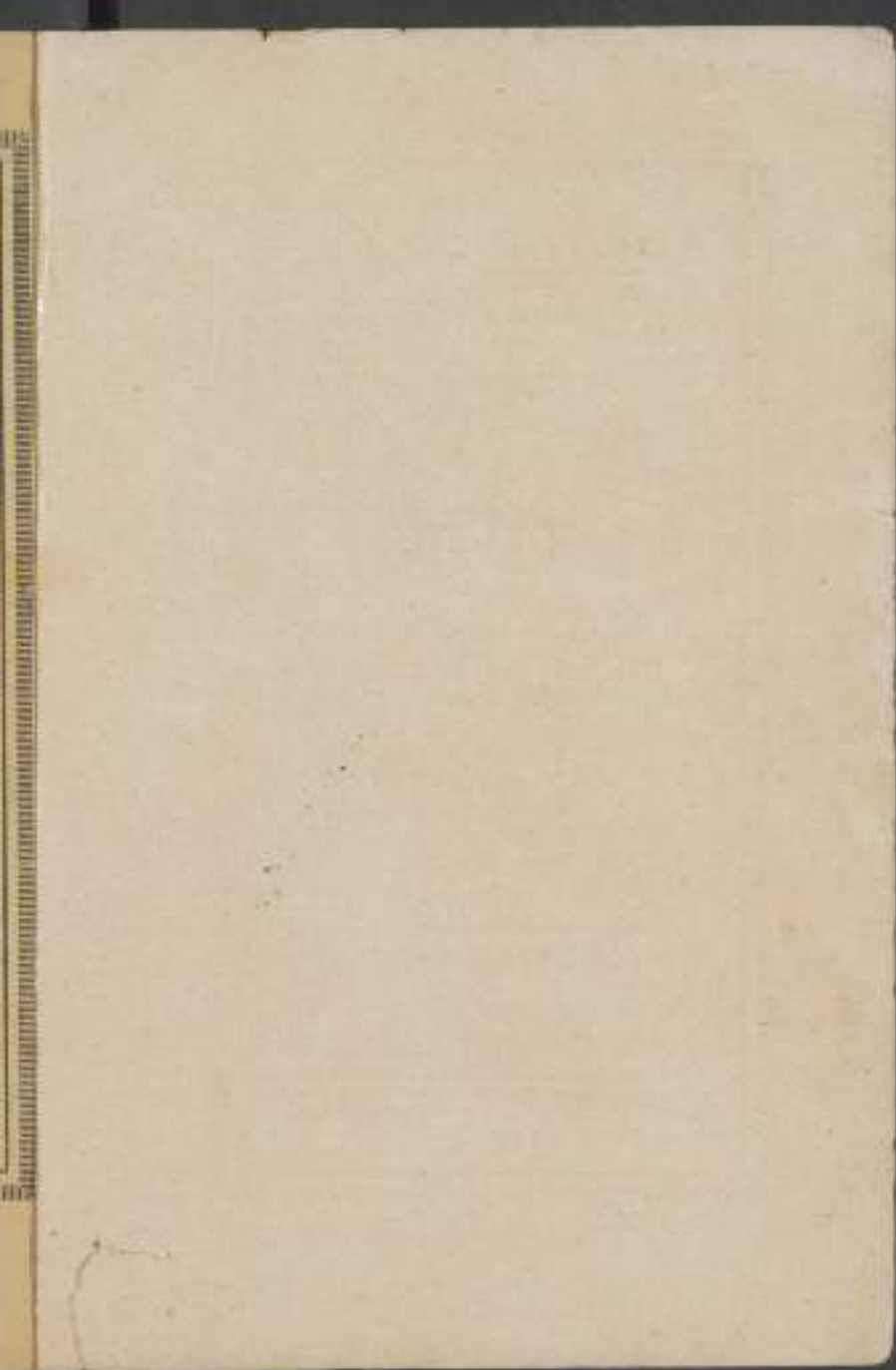
*UNA peseta tomo*

*96 páginas  
de texto selecto*

Pedidos a

**BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707 - BARCELONA**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,  
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos  
para el certificado.



038 E85 (AM02)

**UNA peseta**